

La tarde de un escritor



Peter
Handke

La tarde de un escritor

Peter Handke

Traducido por Isabel García-Wetzler
Alfaguara, Madrid, 1995

Título original:
Nachmittag Eines Schriftstellers
Residenz Verlag, Salzburg und Wien, 1987

La paginación se corresponde
con la edición impresa.

Letra e

Para Francis Scott Fitzgerald

Desde que una vez vivió convencido, durante casi un año, de que había perdido el habla, cada frase que el escritor anotaba, y con la que incluso experimentaba el arranque de una posible continuación, se había convertido en un acontecimiento. Cada palabra no pronunciada pero hecha escritura traía las demás, y él respiraba sintiéndose de nuevo unido al mundo; únicamente con uno de esos apuntes logrados, empezaba el día para él, y entonces se encontraba a salvo, o así lo creía, hasta la mañana siguiente.

Pero ese temor a quedarse parado, a no poder seguir, incluso a tener que cortar para siempre, ¿no había es-

tado presente toda su vida a la hora de escribir y en todas sus empresas: en el amor, en el estudio, en cualquier participación, es decir, en todo aquello que requería perseverancia? ¿El problema de su profesión no le proporcionaba acaso la parábola para explicar el de su existencia, mostrándole con ejemplos clarísimos cuál era su situación? La cuestión no era: «yo en tanto que escritor», sino más bien: «el escritor en tanto que yo». ¿Acaso no era verdad que desde aquella época en que creyó haber traspasado, sin querer, las fronteras del lenguaje, y no poder ya regresar jamás, usaba seriamente el apelativo «escritor» para dirigirse a sí mismo, día tras día en aquel recomenzar sin garantías —él, que, a pesar de llevar más de media vida sin más compañía que la idea de escribir, no había usado hasta entonces esa palabra más que a lo sumo con ironía o con vergüenza?

Y ese día, merced a unas líneas que le habían esclarecido el estado de las cosas al darles vida, parecía ser un día logrado, y el escritor se levantó de su escritorio con la sensación de que ahora ya podía anochecer. No sabía qué hora era. Las campanas de la capilla del asilo de ancianos al pie del pequeño promontorio, que al mediodía y como de costumbre se ponían a repiquetear súbitamente como si alguien se hubiera muerto, acababan de sonar en su imaginación, y sin embargo tenían que haber pasado horas, porque la luz de su habitación se había convertido en luz vespertina. De la alfombra que había en el suelo se desprendía un brillo tenue que él interpretó como una señal de que en el trabajo había encontrado su propia medida del tiempo. Alzó ambos brazos y se inclinó sobre la hoja de papel que se hallaba enrollada en la máquina de escribir. Al hacerlo, se instó, como tantas otras veces, a no enfrascarse en su trabajo la próxima vez, sino, al contra-

rio, a servirse de él para aguzar sus sentidos: la sombra temblorosa de un pájaro en la pared, en lugar de distraerle, tenía que acompañar al texto y hacerlo permeable, igual que los ladridos de los perros, el zumbido de las sierras eléctricas, el ruido de los camiones al cambiar de marcha, el martilleo constante y los incesantes gritos dando órdenes más los pitidos provenientes de los patios de una escuela y un cuartel, situados más abajo en el llano. Al igual que en días anteriores, en ese instante se dio cuenta de que, durante la última hora transcurrida sentado al escritorio, únicamente habían llegado hasta él desde la ciudad las sirenas de la policía y de las ambulancias, y de que no había alzado una sola vez la vista del papel, como había hecho por la mañana, para mirar por la ventana y volverse a concentrar contemplando el tronco de un árbol del jardín o el gato sentado fuera y mirándole acechante desde el palastro de la ventana, y los aviones allá en lo alto que pasaban por

delante de sus ojos de izquierda a derecha para aterrizar y de derecha a izquierda al despegar. De tal suerte, que al principio no tenía la vista fija en ningún punto lejano y hasta los dibujos de la alfombra los veía como apagados; en los oídos un zumbido como si la máquina de escribir fuera eléctrica, cosa que no era.

El espacio de trabajo del escritor, «su casa en la casa», se hallaba en el primer piso. Con la taza de té vacía en la mano, bajó a la cocina obnubilado, y vio en el reloj del horno que faltaba poco para el anochecer. Era a principios de diciembre y las aristas de las cosas tenían el brillo que adquieren a la caída de la tarde. Además la atmósfera de fuera y la del interior de la casa desprovista de cortinas parecían haberse unido en una sola claridad. Ese año todavía no había nevado. Pero ya de mañana el trino especial de los pájaros —tierno como un quejido— había

anunciado nieve. El escritor permaneció en esa luz que paulatinamente le fue devolviendo los sentidos, y que le impulsó a salir a tomar el aire. Hasta ahora, todos esos días en que no había salido de casa hasta el anochecer, había experimentado la sensación de haberse perdido algo. Curioso que justo una persona con su profesión se sintiera en su sitio estando al aire libre y fuera éste su lugar preferido desde siempre.

Primero recogió del suelo las cartas que el cartero había metido por la rendija de la puerta. Del grueso y abigarrado montón no quedó para leer más que una sola postal. El resto eran anuncios, periódicos del partido enviados «gratis a cada casa» e invitaciones a galerías o a lo que llamaban «reuniones de vecinos»; pero se había formado nuevamente un montón con unos sobres grises que ya conocía. Juntos tenían el grosor de un juego de naipes y todos ellos estaban escritos con la letra de

aquel desconocido que desde hacía ya un lustro le enviaba casi a diario al menos una docena de esas cartas desde un lejano país extranjero. En su día, el escritor contestó brevemente a la carta inicial, por el solo motivo de que, a primera vista, había confundido la letra del otro con la suya propia; desde entonces el remitente se dirigía a él como si fuera el amigo de la infancia o como lo haría un viejo vecino por encima del seto del jardín. Cada uno de los sobres contenía una nota con una breve noticia, generalmente no llegaba a una frase, sobre la vida familiar del extraño, sobre su mujer y los niños, meras alusiones al estilo de «hoy carta certificada de mi mujer» y «me ha prohibido verlos a los dos» o comentarios enigmáticos como «prefiero morir a encargarme un pasaje de avión contra mi voluntad» o «ella es testigo de que ayer arranqué la mala hierba»; o meras insinuaciones como «quisiera tener derecho a sentir alegría una vez» y «ya es hora de que lleguen

otros tiempos para mí», como si el destinatario supiera sin más y desde siempre toda la historia. Durante los primeros años leyó atentamente cada una de esas frases aisladas y hasta las palabras escritas a medias. Pero, con el tiempo, esas minioctavillas acabaron por oprimirle, sobre todo en aquellos días, nada raros, en que esta afluencia de cartas era todo lo que recibía. Entonces deseaba que el otro viera la ira con que tapaba el cubo de la basura con el montón de sobres sin abrir, cosa que hacía cada vez con mayor frecuencia. Cuando alguna vez, con un extraño sentido de la obligación, abría alguno, hasta resultaba tranquilizador que las noticias parecieran ser siempre las mismas. Porque, a pesar de ser también voces de auxilio perceptibles e incluso suplicantes, eran capaces, sin embargo, de seguir así de vivas toda una vida, aunque nadie las oyera. Y éste era, además de la pereza, el motivo por el que no devolvía las cartas, cosa que él se sentía impulsado a

hacer muchas veces, teniendo en cuenta que, aparte del montón gris y cortante de las cartas diarias, no le llegaban señales de vida de alma humana alguna. Por ello hoy, al igual que ayer, entregó una tras otra toda la colección de cartas al cesto de los papeles, sin haberlas leído y dirimiendo así la cuestión como si ello ya supusiera haberse dado por enterado. La postal de un amigo, que ahora recorría desorientado el continente americano, se la metió en el abrigo para cuando estuviera en camino.

Se duchó y se cambió de ropa; luego se ató los zapatos que tanto servían para andar por aceras y escaleras mecánicas como por caminos intransitables. Dejó que el gato entrara en la casa y le puso los dos platos con la carne y la leche en su sitio. En el pelo del animal parecía hallarse acumulado el hielo, y él creyó palpar ya en sus puntas el primer cristal de nieve. Pero, por debajo de la piel, el cuerpo del animal le calentó

las manos, que tras haber pasado horas escribiendo se le habían enfriado,

A pesar de lo mucho que le atraía salir, tardó, como siempre, en hacerlo. Primero abrió las puertas de todas las estancias de la planta baja, de forma que la luz que venía de todos los puntos cardinales se entremezcló como siguiendo un juego. La casa parecía deshabitada. Era como si estuviera reclamando que no sólo se trabajara y se durmiera en ella, sino que también se viviera. Cosa de la que, sin duda, el escritor era incapaz desde hacía mucho tiempo, igual que de llevar una vida en familia. Los tresillos, las mesas-comedor o los pianos le producían, nada más verlos, una sensación extraña, nada hogareña; los baffles, las tablas de ajedrez, los jarrones, incluso las librerías ordenadas le chocaban; en su casa los libros se apilaban en el suelo o en el alféizar de la ventana. Únicamente de noche, sentado a oscuras donde fuera y teniendo ante sí

unas estancias en hilera justamente iluminadas, o ésa era su impresión, por las luces de la ciudad y su reflejo en el cielo, experimentaba una especie de bienestar. Esas horas en las que ya no tenía, por fin, que cavilar ni prever, sino que simplemente permanecía sentado en silencio, recordando todo lo más, eran en efecto sus horas predilectas en la casa, y él las prolongaba hasta que esa meditación quedaba imperceptiblemente convertida en unos sueños igual de pacíficos. En cambio durante el día, sobre todo después de haber trabajado, ese silencio en seguida le parecía demasiado. Escuchar el ruido del lavavajillas en la cocina y el zumbido de la lavadora centrifugando en el baño —y a ser posible las dos a un tiempo— era casi un alivio. Incluso sentado al escritorio fue necesitando, con el tiempo, los ruidos del mundo exterior: una vez, tras llevar meses escribiendo en la torre de un rascacielos prácticamente aislado contra el ruido, y estando por así decirlo muy

cerca del cielo, tuvo que mudarse, para poder seguir escribiendo, a una habitación en la planta baja que daba a una calle céntrica muy ruidosa, y luego estando ya en esta casa, al iniciarse los ruidos de la obra en el terreno de al lado, tras haber superado las primeras molestias, utilizaba todas las mañanas la perforadora neumática y la oruga para ponerse a tono y reanudar el trabajo como hiciera antaño en sus principios con una pieza de música. Y más de una vez había levantado la vista del papel para mirar a los trabajadores y había procurado encontrar una armonía entre su quehacer y el trabajo de ellos, tan apacible, de efectuar una cosa después de la otra. Necesitaba tener siempre delante una cosa así, y eso era algo que la naturaleza, con los árboles, la hierba y el sarmiento trepador de la ventana, no podía brindarle a la larga. En cualquier caso, una mosca dentro le molestaba más que un martinete de vapor afuera.

Antes de llegar a la puerta del jardín, súbitamente, el escritor dio media vuelta. Fue a la casa, subió corriendo a su cuarto a sustituir una palabra por otra. Sólo en ese momento se percató del olor a sudor que desprendía la habitación y vio las ventanas empañadas.

2

De repente se le quitaron las prisas. De repente la casa entera, a pesar de estar vacía, resultaba cálida y hogareña gracias a una palabra nueva. En el umbral, se volvió y miró el escritorio que por un momento pareció ser el lugar de la justicia o de la ecuanimidad: «así es como debía ser». Se sentó en el pasillo de abajo, que daba al jardín por medio de una cristalera, se cosió un par

de botones y se puso a limpiar el calzado de verano. Al hacerlo, se acordó de una observación acerca de un poeta clásico, que decía que «incluso cortándose las uñas era fino», y dudó de que lo mismo pudiera decirse de él. En el jardín un pájaro salía de la maleza dando saltitos como un pulgarcito encima de un tronco oscuro y tallado. Las vibraciones de los aviones de un solo motor que sobrevolaban el paisaje le recordaban Alaska, y también el silbato de los trenes que rodeaban la ciudad describiendo un arco, y parecían proceder de un país lejano y con mucha agua. En el horizonte se oyó por un momento el traqueteo de las ruedas al pasar por los raíles del puente, mientras el gato se rascaba la pata al pie de la escalera y el frigorífico tintineaba en la despensa. El escritor regó, por segunda vez en ese día, las plantas del pasillo que junto con la cristalera le daban a éste un aire de invernadero; a continuación dio otra vez de comer al gato y, por último, limpió

todos los pomos de las puertas. Se sentía impulsado a escribir una carta a quien fuera, pero no en casa, sino más tarde, en la ciudad, en algún sitio.

Un día, en aquella época en que se sentía amenazado por la pérdida del habla, se juró a sí mismo no volver a cerrar jamás ninguna puerta tras él. Ahora, estando fuera, volvió a recordarlo al dar dos vueltas a la llave como todos los días. Entonces se propuso que al volver por la noche, no cerraría la puerta con llave; ¿no la había encontrado acaso alguna mañana no ya sin cerrar sino abierta de par en par, antes de haberse hecho ese propósito?

Pisó sus propias huellas en el camino embarrado del jardín. Unas huellas que procedían de ese repetido ir y venir durante horas enteras antes de trabajar. Ahora se habían helado y todo el largo del jardín era una densa trabazón de huellas ensambladas y como in-

crustadas en la tierra cual si hubiera hecho entrada un ejército entero, luchando hombre a hombre, o como si hubiera acudido una patrulla especial de la policía a detener a un enemigo de la sociedad especialmente peligroso. Al escritor le vino en ese momento a la mente una película cómica donde el héroe, de tanto ir y venir en una larga espera ante un edificio, había acabado dentro de una fosa de la que al final sólo salía el sombrero.

A pesar de ser invierno aún había en los alrededores alguna que otra flor. Precisamente por ser flores menudas y solitarias el cuclillo, las margaritas, el botón de oro y las ortigas muertas vivificaban el rígido armazón del terreno. El brillo esmaltado que poseía el cáliz del botón de oro parecía imitar por momentos los destellos del sol. De la copa del único manzano medio comido por los pájaros colgaba aún alguna fruta con la pulpa probablemente

helada y vidriosa. Bajo el peso de la escarcha, iban cayendo una tras otra las últimas hojas casi en horizontal y haciendo un ruidito. Los ásaros se veían pálidos y como retorcidos por el frío. En la valla de la empalizada, y también junto a la puerta de la casa, había una campanilla azul hielo.

El jardín continuaba en un bosque situado dentro de un parque natural que al escritor, como tantas veces después del trabajo, se le antojaba grande y virgen por su maleza y sus lianas. Una vez más se dio la vuelta y miró la casa. Se sentía como si hubiera salido de la sombra. Un cielo verdoso, rasgado por unas rayas oscuras y muy largas, daba una impresión de amplitud y altura. No hacía viento, pero el aire era tan frío que le rozó la frente y el cuello. En una bifurcación del camino se paró y meditó la dirección: en el centro de la ciudad habría las aglomeraciones prenavideñas; en la periferia estaría solo.

En los períodos de ociosidad solía, por regla general, ir paseando hasta el centro. Pero en cambio, cuando estaba ocupado con su trabajo, se encaminaba normalmente hacia la periferia por su alejamiento y su soledad; esta regla había dado, cuando menos hasta ahora, buenos resultados. ¿Pero seguía acaso alguna regla? ¿No habían cedido las pocas reglas que había intentado imponerse ante otras cosas como el malhumor, el azar, la inspiración, cosas que en su momento le parecían primordiales? Desde hacía decenios vivía prácticamente orientado hacia la consecución de aquello que en cada caso estuviera escribiendo; sin embargo, hasta el presente desconocía un «cómo» seguro; dentro de él seguía siendo todo tan provisional como lo había sido en el niño de antaño, luego en el escolar y después en el principiante. Él, siendo el mismo principiante de antaño, vivió provisionalmente en aquella ciudad europea y cosmopolita, a pesar de que en ella, o

esa fue su sensación, empezó ya a envejecer; sólo provisionalmente regresó del extranjero a su país de origen, siempre dispuesto a partir de nuevo; e incluso su vida de escritor, con responder en todo a sus sueños, él la veía como algo provisional; todo lo definitivo le resultaba, desde hacía mucho, inquietante. ¿«Todo fluye»? O bien ¿«Nadie se baña dos veces en el mismo río»? O aquella sentencia popular que decía: «A quien remonta los mismos ríos, le dejan atrás otras cosas y otras corrientes». Todos esos años se había venido diciendo y repitiendo esa frase de Heráclito igual que un creyente reza quizá el «Padre-nuestro».

Mucho más tiempo que de costumbre, permaneció el escritor parado en el cruce del camino. Era como si, al no tener prescrito ningún orden de vida determinado por su trabajo, necesitara un plan hasta para el movimiento diario más mínimo; y este plan se le ocurrió al

decidir combinar las dos cosas, la periferia y el centro; caminaría hasta la periferia, atravesando el centro. ¿No se había sentido impulsado, estando precisamente sentado en su escritorio, a estar cerca de la gente? El hecho de tener un plan le hizo sentir el gozo de encontrarse ya en camino.

Bajando por el bosque del parque, montaña abajo, no se tropezó con nadie durante mucho rato. A solas con la naturaleza, después de haber estado horas en su habitación, el escritor se sintió, como quien dice, transportado por una redentora sensación de candidez. Por fin dejó de meditar sobre las frases de la mañana y no hizo caso de los colores chillones del tablero donde venían indicadas las aves, como tampoco de los instructivos letreros de «haya» o «arce» en sus correspondientes troncos; no tenía más que ojos para la finura y la claridad del uno y lo oscuro y enorme del otro. Se dio la vuelta

para ver una docena de gorriones subidos a la rama de una encina poblada aún de hojas y viéndolos como aprisionados por el frío y absolutamente inmóviles, pudo dar crédito a la leyenda de aquel santo que había predicado a estas criaturas, y verdaderamente los animales dieron en ese momento un respingo con la cabeza sin moverse de su sitio, como esperando oír una vez más la primera palabra. Él dijo cuatro cosas y el puñado de pajarillos aguzó el oído.

El camino era amarillo, toda una alfombra de hojas de alerce. Una hojarasca que, a pesar de cubrir los zapatos en algún recoveco, estaba tan suelta que al pisarla se dispersaba hacia los lados. Sobre el asfalto se habían formado tales surcos que casi parecían meandros. Durante las últimas horas transcurridas en casa, a medida que fue quedando en silencio todo cuanto le rodeaba, el escritor empezó a sentirse acosado por la obsesión de que ya se había acabado el

mundo y él era el único superviviente; cuan grande no fue su alivio, al cruzarse en ese momento con una persona de carne y hueso, y aspecto sano, un barrero, que cambiado ya de ropa y listo para volver a casa, salía encogido de la choza donde guardaba sus herramientas y a continuación procedía a limpiarse detenidamente los gruesos cristales de las gafas con un pañuelo enorme. Al saludarse mutuamente, el escritor advirtió que ésa era la primera palabra que cruzaba con alguien; hasta ese momento no había hecho otra cosa que escuchar mudo la voz de la locutora de las primeras noticias de la mañana, hablar con el gato o pronunciar, sentado a su escritorio, una secuencia de palabras en voz alta, de forma que ahora tuvo casi que carraspear para dirigirse a un paisano en el tono habitual del lugar. Y aunque el otro con su miopía no llegara a verle bien, después de haberse imaginado el fin del mundo, resultaba de lo más tranquilizador encontrarse un

par de ojos vivos y emprendedores como éstos. Era como si el color de esos ojos le comprendiera sólo a él, lo mismo que él, al acercarse al centro, comprendía esos rostros cada vez más seguidos de los transeúntes, cual si fueran un espejo del suyo propio.

A pesar de que su casa estaba situada en lo alto de la colina y sus ventanas daban ampliamente a todos los puntos cardinales, en todo el día no había sabido mirar propiamente aquella anchura. Sólo al bajar y estar cerca de la gente se creaba una perspectiva. (¿No evitaba el terrado de la casa —que era, por así decirlo, la envidia de quien le visitaba—, porque se sentía demasiado extasiado en medio de aquel panorama, y sólo lo utilizaba para tender la ropa?) A lo lejos, en las montañas de donde arrancaba el río, se divisaba un campo de nieve cristalina y del otro lado, en los alrededores del llano con las últimas estribaciones de la ciudad, el arco de una

morrena trazado como con un lápiz de carbón. Él sentía casi el tacto de líquenes y musgos bajo la nieve y el arroyo engastado en la morrena con sus carámbanos de hielo en las orillas haciendo resonar el agua. Más allá de los bloques de viviendas de la periferia se perfilaban las casitas adosadas de una colonia, que vistas más de cerca incluso parecían moverse por el paisaje: allí se descubría la autopista y el rodar inaudible de sus camiones; meses enteros sintió en sus brazos esa vibración, como si él fuera el conductor sentado al volante. Y allí, junto a las chimeneas de la zona industrial, en una estepa llena de latas como una franja situada en tierra de nadie, llameaba una luz roja y, detrás, el oscuro contenedor resultaba ser un tren parado que, al cambiar la señal, se arrastraba casi imperceptiblemente al principio y luego se iba alargando. La mayoría de los viajeros ya se había puesto el abrigo y se preparaba para apearse en la estación. La mano de un

niño buscaba la de un adulto. Quienes proseguían el viaje, estiraban las piernas. El camarero del vagón restaurante casi vacío, trabajando ya desde la madrugada, salía al pasillo y abría la ventanilla dejando que le soplara el aire que pasaba, mientras el encargado de lavar los platos, un hombre mayor de un país meridional, tenía un cigarro en la boca y la vista clavada en el rincón de delante. Además de estas imágenes a distancia («distancia, tú eres mi tema»), el escritor vio, más arriba de los tejados de la ciudad, una estatua de piedra que con una palma de hierro en la mano descendía del cielo para posarse en la cúpula de una iglesia, acompañada de unas figuras que le asistían cual si estuvieran ejecutando una danza.

El último trecho del camino se bajaba por unas escaleras que bordeaban unas casas centenarias del municipio. En la parte alta, sobresalían en algún que otro punto los jardines de los

terrados en medio de un terreno escalonado como una serie de puentes levadizos. En los pisos más bajos, cerca de la falda rocosa, había luz en todas las estancias, probablemente encendida desde la mañana. El espacio de cada peldaño permitía ver la existencia de un piso más bajo. Una lámpara de mesa arrojaba un haz de luz sobre unos libros abiertos que la persona sentada ante ellos más bien parecía estar contemplando que estudiando. Una mujer acababa de entrar y seguía aún de pie con el abrigo y el sombrero puestos, aguantando una pesada bolsa. Un hombre de pelo blanco con tirantes, las mangas arremangadas y una cafetera en la mano atravesó lentamente su habitación y bajó un par de escalones, seguido de una cara grande y llorosa, y se dirigió al rincón del televisor situado tras unas cortinas caladas. Finalmente se veían desde el último peldaño los entresuelos, todos ellos convertidos en oficinas y despachos alumbrados con neón: los ficus, los

clasificadores, el sitio de la pared destinado a las postales; los muchos que allí se encontraban como en casa, en contraste con la torpeza del único que se sentía extraño y se hacía a un lado a cada momento que pasaban los otros empleados; la aparente comodidad de los que llevaban la corbata aflojada, la melena suelta y esas ramas en flor, propias de diciembre, sobre el alféizar. Además era como si estando cerca de estas viviendas, con cada peldaño hubiera aumentado el calor: en lo alto los témpanos de hielo como pilares encima de la roca pelada, y abajo en los jardines, junto a los demás bojedaes y abetos, había hasta algún que otro tronco de palmera cortado e incluso laureles redonditos de color verde plata, a pesar de estar protegidos con lonas de plástico. De ese modo, el escritor, creyéndose inadvertido por su entorno, efectuó, digamos, su entrada en la ciudad. Su meta era un restaurante, no tanto por el hambre o la sed que sintiera como

por la necesidad de sentarse en un sitio público y de saberse un poco servido; tras haber estado solo en su habitación tantas horas, incluso creía tener derecho a ello.

3

En primer lugar, y para evitar las aglomeraciones, dio un rodeo pasando por los jardines circundantes, pues justo al dejar la montaña y llegar al terreno llano de la ciudad, uno de esos jardines formaba una gran curva por un lado e iba a desembocar en el siguiente, el de una escuela que a su vez iba a parar al de un museo, y éste al de un convento que conducía finalmente, a través de un pasaje, a un cementerio abierto que con el tiempo hacía prácticamente las veces de un parque. Como todos los edificios

eran de una arquitectura similar y también los jardines que se seguían poseían una forma y unas medidas parecidas, uno tenía la sensación de moverse dentro de un complejo separado del resto del mundo, como una ciudad dentro de la ciudad, en la que uno se adentraba, pasando de un jardín al otro, sin la sensación de hacerlo por una puerta trasera. Por momentos, y al encontrarse ante un pozo junto a una choza con el tejado de madera y en forma de cebolla, el escritor creyó encontrarse de nuevo en Moscú, donde una vez anduvo una tarde entera por un barrio igual de escondido, pasando de una finca a la otra, todas ellas muy espaciosas, y abriéndose cada vez más al silencio, para luego permanecer sentado él solo en un banco muy largo, mirando cómo unos niños jugaban en una placita asfaltada y cubierta, y lavarse finalmente la cara y las manos en una boca de riego que había en el jardín más recóndito, más bien un pastizal cubierto de abedules. ¿No era

chocante que sólo las épocas en que escribía le alejaran tanto de su domicilio? Lo minúsculo se hacía grande; los nombres quedaban derogados; la arena clara en las grietas de este adoquinado convertida en ramal de una duna; aquel tallo de hierba pálido y solitario en parte de una sabana. En una de las aulas de la escuela aún se daba clase, y dentro sólo se veía al profesor subido a la tarima y moviendo impetuosamente los brazos ante una pizarra que deslumbraba. El zócalo del museo lo formaban unos relieves de mármol con una pareja de delfines nadando al encuentro de otra o sumergiéndose para separarse. En el jardín del convento, un monje estaba podando un cerezo, en sandalias a pesar del frío, y en el cementerio, después de las inscripciones en latín, hasta aparecieron epígrafes en griego.

Los jardines cercados se ensanchaban convirtiéndose en la prolongación de unas plazas abiertas que desem-

bocaban en otras, es decir, una plaza en la explanada de otra más grande, cosa que nunca se podía prever: siempre se entraba en ella al doblar por una esquina, ya fuera la de una iglesia, una residencia oficial o simplemente la de un quiosco. La última y la mayor de las plazas, a la que se llegaba por unas arcadas, no tenía nada de plaza mayor. La plaza sin asfaltar y de un amarillo arcilloso se declinaba ligeramente hacia su centro, cosa que evidenciaban los radios concéntricos de los surcos que la lluvia dejaba en la tierra. Él fue ganando en lentitud con cada plaza, y en ésta se quedó parado. No tenía la sensación de haber dejado atrás su trabajo, sino de que éste le acompañaba, como si estando tan lejos de su escritorio siguiera aún manos a la obra. Pero ¿qué quería decir «obra»? Una obra era algo en que el material casi no era nada y el ensamblaje casi todo; algo que, estando parado y sin una inercia especial, estaba en movimiento, cuyos elementos se man-

tenían mutuamente en el aire, algo abierto, abordable a cualquiera y no desgastable con el uso.

Al seguir andando, el escritor casi se habría puesto a correr. Aunque la plaza cerca del río estaba situada en el punto más bajo de la ciudad, la cruzó en diagonal como si fuera una meseta. El hielo crujía bajo la suela de los zapatos con un ruido muy fino que hacía sonar la superficie entera. Buena parte del suelo estaba cubierta con las hojas de los árboles de Navidad vendidos allí en años anteriores, hojas hundidas en el barro y teñidas ya de un amarillo arcilloso. Tal vez a partir de mañana habría en ese sitio otro bosque virtual de pinos y abetos en el que perderse.

Cuando al llegar al pasaje de la calle que conduce al río, pidió un periódico en el quiosco, se dio cuenta de lo tembloroso que estaba. Apenas pudo pronunciar la frase hasta el final y no

acertó a coger la calderilla. Como tantas veces, se dijo que al comprar el periódico había cometido su primer error, y se propuso echarle únicamente una hojeada, a ser posible andando, y a continuación dejarlo en una papelería. Sólo de ver los titulares se sintió, por breves momentos, incapaz de hablar; logró responder al saludo del vendedor todo lo más con un movimiento de cabeza. Sorprendido por un súbito ataque de huraña, se estremeció con el roce casual de un transeúnte y miró a un lado para evitar el encuentro con otra persona que hacía poco le había hecho confidencias de su vida; para esas ocasiones, el escritor tenía la excusa de ser distraído, cosa que casi siempre fingía.

En el puente le recibió el viento, y entonces prosiguió su camino con él. En lo alto de ese gran arco abierto, se sentía mucho más el frío que en medio de los jardines y plazas. Por encima del agua casi negra se formaban velos de

bruma, y en su imaginación apareció de nuevo el crujido de los témpanos revueltos al chocar en las heladas de aquel invierno en el antártico; era tal el frío que hacía en lo alto del puente que casi habría tenido que huir de él. También recordó ahora aquella escena de verano, cuando vio a un niño corriendo de un lado a otro en la parte baja del talud, al pie del muro que bordeaba el río crecido de aguas, y al principio creyó, por los saltos que daba al correr, que el niño estaba jugando, hasta que por fin advirtió en la forma de mover la boca —tal era el estrépito del río— que el niño gritaba pidiendo auxilio porque se había caído del muro. Y ahora volvió a sentir en los hombros aquel peso vivo que él, en aquella ocasión, había arrastrado hacia arriba; y al otro lado del río, en el paseo hoy invernal y desprovisto de hojas, volvió a ver aquella figura en pantalón corto que se iba corriendo bajo la fronda estival con el cabello ondeante.

En el punto más alto del puente, el escritor se apoyó en la barandilla. Las anillas para encajar las banderas estaban vacías. Río abajo, el horizonte irradiaba una luz diamantina; la torre de aquella iglesia ya era la de un pueblo vecino. Los numerosos puentes a lo largo de la ciudad aparecían gradualmente uno tras otro de forma que los coches del segundo puente y el tren del tercero parecían estar rodando por la pasarela de peatones del puente en primer término. En las curvas de los meandros una luz tenue subrayaba la frontera entre el agua y la tierra. Entonces, cuando en medio del ruido del tráfico retumbaron las campanas de la tarde anunciando el fin de semana, el eco permaneció durante mucho rato en el aire; era como si todos los vehículos hubieran paralizado la ciudad por momentos y ahora volvieran a ponerse en marcha, y hasta las gavio-
tas proseguían sus graznidos aparentemente interrumpidos.

Cuando él siguió andando río arriba por la otra orilla, deseó seguir así andando indefinidamente. ¿Querer pararse en un restaurante no respondía acaso a una simple costumbre? A orillas del agua, las olas venían a su encuentro y le transmitían su fuerza, Al escritor le acometió la nostalgia —palabra que aún seguía siendo válida después de todos esos decenios— de vivir de nuevo en una capital extranjera, donde sabía, aun cuando anduviera solo, que en este o en aquel distrito del centro o de las afueras vivía gente, cada uno a su manera, ocupada con las mismas cuestiones que él y en busca de lo mismo; no había querido conocer a sus dobles, únicamente compartir con ellos el suelo que pisaba, el aire, el tiempo, la aurora y la caída de la tarde. ¿Por qué resultaba tan difícil imaginar que hubiera gente así en las ciudades de su país de origen? ¿Por qué se inclinaba a creer aquella anécdota de los dos escritores que decía que uno de los dos se mudó de casa porque el otro

pasaba diariamente por delante de su ventana?

Y en ese momento le salió al paso, en el mismo sitio del río que la vez anterior, aquel hombre mayor que dijo ser «colega» suyo. De él sabía únicamente que primero había sido maestro, luego soldado en la Guerra Mundial, luego otra vez maestro, y que ahora en su retiro escribía poesías. El viejo, inopinadamente, hasta le recitó una en señal de saludo, como si hubiera estado esperando la ocasión desde hacía mucho, y lo hizo levantando la voz, en tono casi amenazante, para seguir hablando a continuación de lo cotidiano igual que había hecho con su poema, estructurándolo y midiéndolo. Precisamente por ese mismo motivo le resultaba imposible a su interlocutor captar un poco lo que decía. Oía sólo las palabras, no su sentido. En contrapartida veía claramente los ojos desnudos del anciano, unos ojos muy abiertos, casi

ciegos; el iris lívido, sólo en los bordes un aro de color y bajo uno de los ojos la pulsación en el lagrimal. Cuando por fin le escuchó con ayuda de la mirada, el otro prosiguió su discurso articulado en un tono persistente e infinitamente agudo, como un murmullo que igual podía denotar entusiasmo que lamento.

El restaurante estaba a orillas del río y aún estaba casi vacío, así que el escritor pudo encontrar un asiento desde el cual se podía ver el agua. Un agua que daba la impresión de velocidad, como si acabara de arrancar de la cordillera. Y él se sentía como si estuviera aún andando por el puente entre las siluetas de los demás transeúntes. Antes de ponerse a leer el periódico, respiró hondo y se grabó en la mente la línea más lejana del horizonte como para tener una medida. Pero, como tantas veces, fue en vano: al leer la primera línea, desapareció todo tipo de pensamiento. Él solía decirse que estaba

obligado a leer el periódico para estar informado. (¿Acaso no era cierto que en una época se le pasó la noticia de la muerte de algunos de sus héroes y salvadores y se había enterado cuando ya era demasiado tarde para conmemorarlos?) Pero la verdad era que ese deseo de hojear los periódicos era un vicio. Apenas leía una columna entera, la leía cuando más por encima, y así un artículo tras otro con una mezcla extraña de frenesí y pasmo. Él se daba orden una y otra vez de empezar por el principio y de leer cuando menos un reportaje palabra por palabra, pero entonces se daba cuenta de que con sólo apartar la vista de él ya había captado todo el sentido; ahora bien éste, a diferencia de otros poemas, no «concluía» con «en el silencio del alma» sino que al contrario sumía al lector del periódico en la impasibilidad más completa. Aquí el vicioso, víctima de un vicio que por otra parte ni siquiera le proporcionaba placer, deseó volver a aquellos meses neoyorqui-

nos en los que durante mucho tiempo dejaron de aparecer los periódicos a causa de las huelgas. Sólo había uno delgado y de formato pequeño llamado *City News* en donde todo acontecimiento, quizás de interés, acaecido en la tierra se limitaba a un par de líneas. Durante aquel tiempo estudió todos los días esas noticias con placer, y después, cuando volvieron a amontonarse los pilares del «diario mundial» en todas las entradas de metro —seguramente con un «por fin» para la mayoría de la gente— a él le pareció que tan honroso título más bien correspondía a esas pocas hojas con fotografía que se agitaban. Porque a continuación resultaban tanto más innecesarias todas las opiniones, los informes especiales, las columnas y las glosas que no dejaban en la mente del lector más que zumbidos de avispa. Y las mayores estridencias se las lanzaba la página de «cultura», donde no podía tratarse de casi nada sin dar una opinión. Algunas veces había descubierto

que la crítica también era un arte en sí misma —el hallazgo de un punto cardinal que hiciera justicia al tema, al que también podría llamarse «visión», y luego el desarrollo minucioso de esa visión al igual que en cualquier otra obra; sin embargo, la regla que predominaba en tales páginas era presentar un esquema completo en el mejor de los casos, y en el peor un juego falso en el que el interés por el tema cedía de inmediato ante unas segundas intenciones clarísimas, y donde en lugar de hacer una crítica, se hacía politiquilla. En sus sueños de juventud, la literatura era para el escritor lo más libre de un país, y esa idea fue su única salida para escapar a la vileza y sumisión diarias y poder sentir el orgullo de ser un igual, como les sucedió probablemente a muchos más. Y ahora todos ellos estaban metidos —o ésa era su impresión— en el más despótico de los países pequeños, y vivían o bien vagamente aunados por una suerte de camaradería, o bien desperdi-

gados y odiándose a muerte, y todos ellos —corrompidos hasta los más rebeldes y convertidos en diplomáticos en poquísimos tiempo— se dejaban dominar por una policía que, ciega para la empresa y con más voluntad de poder que capacidad de discernir, sabía manejar su presa con un despotismo tanto mayor cuanto que, de puertas afuera, ofrecía la imagen de unos hombres honrados y caritativos. En una ocasión fue testigo de la agonía de otro escritor y vio cómo hasta en sus últimos momentos éste estuvo más ocupado en leer el apartado de cultura de los periódicos que en cualquier otra cosa. ¿Sería que los combates de opinión le distraían en el buen sentido, exasperándole y divirtiéndole, o le ofrecían quizá aquella repetición diaria cien veces preferible a cuanto le amenazaba? No era sólo eso. Él era —por la distancia que proporcionaba el saberse desahuciado— un prisionero de los articulistas; más que a su familia era a ellos a quienes él corte-

jaba en sus sueños, y en las treguas que le daba el dolor, preguntaba —por no poder ya leer—, qué decían las reseñas de tal o cual periódico sobre determinadas novedades literarias. Con esas intrigas que el enfermo detectaba con una rabia no exenta de satisfacción, fue creándose una especie de mundo o de infinitud en la habitación del moribundo, y el confidente, sentado al borde de la cama, sintió por el amigo que renegaba y asentía idéntica comprensión que si estuviera viéndose a sí mismo postrado en aquella cama. Mas cuando al otro, que en su lucha contra la muerte yacía con la mente ida, hubo que seguir recitándole la opinión de los periódicos recién salidos, el testigo se juró no llevar nunca las cosas tan lejos como lo estaba haciendo esa viva imagen de sí mismo que tenía delante. Nunca más apoyaría ese círculo vicioso de clasificaciones y enjuiciamientos que, en definitiva, no respondían más que al juego de servirse de unos para atacar a otros. Su

postura de quedarse fuera y proseguir su trabajo con sus propias fuerzas y no a costa del vecino fue convirtiéndose con los años en una especie de desquite. La sola idea de volver a entrar en aquel círculo o en círculos pequeños cada vez más separados unos de otros le llenó de una náusea elemental. Por supuesto, nunca conseguiría evadirse del todo porque incluso hoy mismo, después de tantos años de aquel juramento, había vuelto a llamarle la atención una palabra que él, al primer momento y al igual que entonces, había tomado por su nombre. Pero a diferencia de entonces, se sintió aliviado de haberse equivocado. Creyéndose seguro, pasó las páginas siguientes hasta llegar a las de información local y consiguió leer cada una de las noticias.

Cuando el escritor logró, por fin, apartar la vista del periódico, tuvo la punzante sensación de haberse per-

dido algo. El niño de la camarera había estado sentado todo el rato en la mesa del fondo junto a la puerta de la cocina haciendo sus deberes, y él, en lugar de mirarle por más tiempo, se había limitado a registrarlo brevemente. Entretanto, el asiento había quedado vacío; en la silla donde había estado sentado el niño, pintando las letras en el cuaderno y enseñándoselas a su madre cada vez que ésta pasaba por delante, se veía ahora la flamante cartera de colores. Era como si al leer el periódico hubiera perdido de vista cuanto le rodeaba; incluso el borde de la mesa vecina no sugería ya ninguna línea. Y al darse cuenta de que estaba mirando el periódico de reojo en contra de su voluntad, lo apartó de un tirón, lo tapó con la carta del restaurante que estaba leyendo sin leer, y lo puso encima de la silla de al lado que quedaba debajo de la mesa, lejos de su vista.

Hizo ademán de enderezarse, pero permaneció sentado con una copa de vino que a ratos se llevaba a la boca. Así, con los sentidos enturbiados e incapaz de ver o de pensar en algo, no quería abandonar el lugar. De la gente que iba acudiendo sólo veía las piernas y el cuerpo; ni una sola cara. Por fortuna nadie se percataba de él. La camarera también debió saber un día cómo se llamaba, pero había vuelto a olvidarlo hacía ya mucho tiempo. Por un instante apareció como un fulgor en el río, en realidad no era más que un punto brillante en el agua, y en ese instante una bandada de gorriones fue a posarse en un árbol sin hojas de la orilla, y todos unidos en su aleteo semejaban una nube desapareciendo de cielo. Los diminutos pajaritos permanecían inmóviles en las astas, igual que lo hacían las cornejas subidas a la copa del árbol vecino o incluso las gaviotas, otras veces tan alborotadas, en las barandillas del puente. Era como si sobre todos ellos

estuviera cayendo la nieve, a pesar de no verse los copos. Y justamente ante una imagen tan viva con ese aleteo casi imperceptible, esos picos apenas abiertos y esos dos puntitos por ojillos, hizo aparición en el interior del observador aquel paisaje estival en el que se desarrollaba la historia que estaba escribiendo. Del saúco caía una lluvia blanca de flores como botoncitos y en los nogales las cáscaras de las nueces iban adquiriendo su propia redondez. El surtidor de la fuente fue a encontrarse con el nubarrón que tenía encima. En un campo de trigo junto al que había unos corderos pastando, se veían las espigas quebradas por el calor, y por todos los canalillos de la ciudad revoloteaba la pelusilla de los álamos a la altura del tobillo, y venía tan suelta que para poder verla bajaba la vista hasta el suelo asfaltado al tiempo que el verdor de los jardines era atravesado por un zumbido que declinó en susurro, en cuanto el consabido abejorro se metió en una flor

y desapareció. En el río el bañista metió, por primera vez en ese año, la cabeza debajo del agua, y luego tomando de nuevo el aire y el sol, experimentó en los orificios de la nariz la sensación de encontrarse sano y gozando de un paréntesis provisional. Y a la inversa, siendo verano, el escritor fantaseó una historia de invierno y sin querer se agachó jugando para tirarle una bola de nieve al gato, y tocó la hierba.

4

Fortalecido con esas imágenes, salió a la calle y hasta se sintió capaz de seguir su camino hacia las afueras, tomando sin vacilar aquella calle tan transitada que él llamaba «la calle del séquito» porque en ella nunca se cruzaba con una persona sola y llegado todo lo

más a la mitad del camino ya se sentía perdido. Todos esos años había procurado, una y otra vez, ver en ese recorrido un lugar como otro cualquiera, y había intentado describir sus recovecos, sus salientes, sus vistas, como si semejante «detección» fuera cosa de escritores; y privado del habla, había acabado como tantas veces escapándose por un pasaje, mucho antes de haber llegado al final de la calle. ¿No era un buen indicio el haber pasado por delante de la librería que se hallaba en su camino con la cabeza erguida y evitando el reflejo de mirar los escaparates por ver si había expuesto alguno de sus libros? (Cuántas veces había creído haberse quitado ya ese vicio y justo entonces había vuelto la cabeza automáticamente, alentado por un impulso de soberbia.)

En esa calle interminable, con sus recovecos que impedían ver la salida y las altas casas con el tejado saliente, empezaba a caer la tarde mientras en lo

alto la raya del cielo, que aún se veía clara, parecía un calco de la calle que había dejado. De una y otra tienda iba saliendo la misma música navideña, únicamente interrumpida por las voces de un altavoz que recomendaban determinados artículos en una especie de cantinela que prácticamente consistía en recitar números. A pesar de que los grupos con los que se cruzaba parecían estar ocupados en sus cosas, el escritor no pasaba desapercibido. Poco después de estrecharse la calle, justo entre las primeras casas, le alcanzó la mirada conjunta de un grupo de jovencitos, pero no una mirada de reconocimiento sino de incomprensión, por no decir hostil. Él se imaginó que venían de la escuela donde habían tenido que tratar el sentido, el propósito o tal vez el motivo de un texto literario y que ahora, devueltos por fin a la libertad, habían acordado no volver a abrir jamás un libro y castigar con su desprecio a todos los responsables de semejante coacción.

Y lo comprendía muy bien porque él, a pesar de los pesares, no era alguien seguro de su puesto —como quizá un orador o un cantante— que supiera tomar la palabra ante el público; a él le sucedía, cuando más, lo contrario: él, a punto siempre de enmudecer o conmovido por las palabras en caso de tener fortuna, sentía, cuando el resultado se hacía público, un temor rayano en la vergüenza; se sentía culpable como de haber traspasado un tabú. ¿Era él solo la causa de esa sensación o tenía que ver también con la gente de este país y este alemán especial que no contaba desde hacía mucho tiempo con una tradición si es que había llegado a crearse alguna? Fuera como fuese, él, al verse alcanzado por una mirada tan acorde e ingrata, sintió como si todo el largo de la calle fuera una secuencia de él andando: la cámara en los ojos, el equipo sonoro en los oídos, y toda ella filmada y proyectada a un tiempo. Más de uno quedaba visiblemente sorprendido y se pregun-

taba dónde había visto aquella cara: ¿No sería uno de éstos que buscaba la policía y cuya foto en el cartel de correos era la única que no estaba tachada con una cruz? Una pareja que venía cavilando a los lejos, le sonrió inopinadamente al acercarse, y no por amabilidad sino porque habían logrado catalogarlo, pues acto seguido sus semblantes volvieron a helarse, porque a diferencia del actor al que habían visto desempeñando un papel o al político en un espacio de televisión, a él no les unía nada. Sólo una vez, en medio de la calle, hubo un transeúnte que parecía saber algo de él. Al cruzarse, apenas el instante de pestañear, percibió la mirada de un lector, o al menos ésa fue su impresión. Pasada la ocasión, no había sabido decir a ciencia cierta si se trataba de un hombre o una mujer, era como si el otro o la otra tuvieran un sexo propio. Él creía haberlo visto en aquel par de ojos que por momentos se mostraron agradecidos, demostrando su afecto y su confianza, y

también el firme deseo de que el escritor prosiguiera su trabajo. Pero justamente esta vivencia tan pasajera como hermosa hizo que la película, que hasta entonces se había desarrollado tan uniformemente, empezara a zozobrar. Alentado por los ojos graves de aquel lector, e incluso despreocupado, el escritor se puso a mirar en medio del gentío a ver si encontraba a otra persona como aquella (ahora que había aparecido un ser tan insólito, uno de los más insólitos, ¡bien podía seguirle un segundo y hasta un tercero!), pero desde ese instante hasta el final de la calle no se cruzó más que con un ejército de enemigos. Punzada tras punzada, el escritor se sentía expuesto a unos lectores de segunda mano, a unos adversarios de sus libros que, como ocurre con las cosas que median entre el cielo y la tierra, se consideraban competentes por el hecho de estar informados. ¿Pero no sería esa malquerencia un producto de su fantasmagoría? No, él lo había experi-

mentado ya muchas veces, esta gente estaba a punto de saltar, estaba deseosa de echársele encima por ser la encarnación de aquello que ellos odiaban, las fantasías diurnas, el texto escrito a mano, la voz en contra, o sea el arte. Ya verás cuando te coja con el guardabarros en un sitio sin gente; cuando te presentes en mi ventanilla, cuando tengas que levantarte del banquillo de los acusados bajo mis órdenes; cuando estés atado a los barrotes de la cama y te pueda dar por fin todas las inyecciones diarias... Con todo, ninguno de quienes estuviera pensando esto a un tiempo, se había confabulado con otro. Ninguno de quienes le lanzaban esas miradas, sabía que su antecesor acababa de hacer lo mismo. Esta gente tan diversa —jóvenes y viejos, gente de ciudad y campesinos, conservadores y progresistas— parecían estar unidos en un odio manifiesto que él, en sus adentros, llamaba *el odio a los paisajistas* porque le recordaba un cuento de Chejov en el que de una

persona honrada, dispuesta siempre a colaborar sin dilación y a actuar sin rodeos, se dice: «Ella no me quería porque yo era un paisajista.» A estas avanzadillas del enemigo logró hacerles frente, y quizá mitigarlas, simulando como tantas otras veces un plácido soliloquio. Pero entonces aparecieron tantos enemigos que le abandonaron las fuerzas, incluso aquella que le permitía mirarles silencioso pero conciliador, y que él hacía especialmente suya. En lugar de captar el conjunto, eran los detalles los que le salían al encuentro en la película y se burlaban de él: la montura de unas gafas balanceándose entre dos dedos y que él tomó por unas esposas. En esas frentes idénticamente fruncidas y esos dientes al descubierto él veía su propio retrato, un retrato muy distinto del de antes en las plazas abiertas. A la vista de un llavero que le miraba fijamente desde un puño cerrado, se miró de arriba abajo, convencido de que era él quien iba armado con esas

llaves... Intentó mirar el cielo, pero allí arriba se repetía el mismo hormigueo, y cuando bajó la vista, en lugar de las pisadas tantas veces marcadas en la tea, le salían al paso las tapaderas del alcantarillado con la inscripción «cooperativa de mantenimiento». Tampoco por los laterales se llegaba a ningún sitio, ni al fondo de un taller ni al de una casa. Sólo unas tiendas chatas, sin fondo, se seguían unas a otras con unos artículos que, así en serie, semejaban objetos de cartón piedra y con unas maniquíes que si aún enseñaran más los dientes resultarían ser seres vivos. En los pasajes, los ojos de los tullidos y los mendigos buscaban al culpable de su infortunio, y en las ventanas de los pisos superiores, vacías todas ellas en crasa oposición al gentío de abajo, no se percibía ni una planta, ni un gato o perro allí sentado ni tampoco un globo (únicamente había dos niños, casi dos bebés, sentados detrás de una ventana; se les veía hasta el cuello y los dos, cara a cara y sin mo-

verse, se tiraban mutuamente de los pelos). La película, tan uniforme al principio, no sólo empezó a dar saltos sino que se cortó. Pero dentro del barullo aún cobraron mayor nitidez las voces y los ruidos que tenían al escritor como blanco. Para su asombro, en esta calle parecían hallarse muchos que ya se habían ocupado de él con anterioridad y que deseaban encontrárselo justo allí. ¿Soltarían si no a voz en grito todos esos comentarios tan inesperados, como si los llevaran guardados desde años? Bien es cierto que nunca iban dirigidos a él, sino al aire o a quienes les acompañaban, a veces en un susurro, de forma que sólo se oían las preguntas: «¿Quién?», «¿Qué dices?», «¿Qué dices que hace?», «¿Qué quieres?». Incluso aquellos que andaban cogidos de la mano o enlazados como una pareja, se soltaban en cuanto le veían, y —aliviados a todas luces de no tener que hacerse los enamorados— hablaban de su persona al cruzarse con él. Y

no era sólo las palabras lo que le concernía, sino también los tonos y hasta los suspiros. Uno desafinaba, otro bostezaba con todas sus fuerzas, un tercero hacía como que tosía, y ya venía el siguiente alzando el bastón de sus paseos con la guarnición de hierro y el que iba detrás de él resoplaba acompañado por el coro de unos tacones que iban rasgando el suelo. A la altura de las últimas casas de la calle —hoy hasta había conseguido alcanzarlas— la derrota del escritor quedó, como tantas veces, sellada: alguien le llamó desde atrás, y al darse la vuelta involuntariamente, le sacaron la foto; a continuación se paró ante él un hombre vestido de negro y, señalándole con el índice, proclamó solemnemente: «¡Yo leo sus libros!», y por fin apareció otro que sin mirarle, le pidió «un autógrafo para mi hijo». Mientras se disponía a complacerle (desearo tener un brazo más, y además mecánico) —y contrariamente a lo que había experimentado después de traba-

jar—, tuvo la sensación de no ser ya un escritor, sino de desempeñar meramente ese papel por obligación y haciendo el ridículo; ¿no lo demostraba acaso que al firmar hubiera tardado en acordarse de su nombre? Por otro lado, se decía que le estaba bien merecido porque había consentido en dejar que su cara se conociera. Ahora, si su profesión le permitiera volver a empezar, no dejaría que hubiera de él ni un solo retrato.

Cuando llegó al ensanche de la calle donde ya pasaban coches y volvió a darse la vuelta para ver el escenario de su malograda interpretación, pensó en aquel autor del que solía decirse, con cada libro nuevo, que corría «de victoria en victoria», entonces se imaginó que los lectores habían dejado de existir en todo el país, y se acordó de aquel sueño que tuvo de un libro que al principio, igual que un barco que ha puesto velas,

estaba lleno de signos, pero al despertar habían desaparecido todos.

5

Fue un alivio poder moverse después entre el estruendo atronador del tráfico. Qué curioso que después de tantos años de un trabajo que a menudo le deparaba entusiasmo, de esas obras que tanto le enardecían, aún siguiera viviendo sin certidumbre. Y una vez más volvió a jurarse ¡cambiar el decurso de las tardes hasta el final del presente trabajo! Hasta entonces no hojearía más periódicos y evitaría esa calle, es más, evitaría el centro entero. ¡Ir directamente a la periferia! ¡Mi sitio! O ¿por qué no quedarse en casa en su cuarto donde no sentía hambre ni sed ni necesidad alguna de compañía, como si el

mero hecho de enfrascarse, mirando y escribiendo le proporcionara suficiente alimento y bebida, y le ensartara en la fila de transeúntes? ¿Acaso no iluminaban esos últimos rayos del día el papel metido en la máquina y los lápices a los lados señalando los puntos cardinales, al tiempo que desde la colina del vecino se reflejaban en la habitación las luces intermitentes de los aviones vespertinos? Toda la casa, incluidos los peldaños y la balaustrada de la escalera daban una impresión de desamparo; las plantas del pasillo con sus dos o tres florecillas parecían estar rogando que alguien las contemplara.

La calle se convirtió muy pronto en una gran arteria. En el cruce había colgados dos crucifijos, espalda contra espalda. El uno mirando al centro, el otro en dirección a la periferia. En el banco que había debajo, se hallaba sentado un hombre de pelo cano con varias bolsas de plástico, que a pesar del

ruido del tráfico se dedicaba a soltar un sermón recriminatorio a la humanidad; y al pasar por delante de él se oía: «¡La ciudad en ruinas es lo que buscáis, so cerdos, y sois vosotros los que la habéis destruido!» Esa voz chillona resultaba vivificante, al dejarla atrás y seguir andando sin trabas y a grandes pasos, y entonces hasta en el tronco del plátano recién serrado uno creía ver los picos y las almenas de «la ciudad en ruinas» que aquel insensato había conjurado.

Cuando un coche se paró bruscamente ante el caminante para preguntarle simplemente por el camino, se sintió aliviado y deseó encontrarse a otras personas que no supieran el camino; habría podido ayudarlas a todas. Un grupo de gente apiñada, que permanecía de pie al borde de la calzada, resultó estar esperando el autobús en una parada. A continuación ya sólo se sucedían las gasolineras y los almacenes; y entre ellos había cada vez más espacios vacíos. Al

mirar hacia el centro que ahora había quedado atrás, uno sabía —a pesar de no verlo— que allí estaba el río porque las gaviotas revoloteaban por encima de los tejados. Los árboles que bordeaban la calle terminaban en setos y arbustos llenos de bolitas blancas de muérdago. Qué verdes tan diversos los de la fronda en verano y qué distintos los grises de cada rama ahora en invierno: los primeros distinguidos a distancia, los segundos de cerca.

En uno de esos arbustos donde se pasaba de un gris al otro, descubrió una masa de color que a primera vista parecía un anuncio volcado, pero los dedos, al estar agarrotados, denotaban claramente que se trataba de un ser vivo. Una mujer mayor, casi calva, yacía de bruces con los ojos cerrados, pero no en el suelo sino encima de un asta que con el peso había acabado cediendo. El cuerpo entero colgaba atravesado, únicamente las puntas de los zapatos toca-

ban el suelo y, como tenía los brazos extendidos, parecía un avión caído en la copa de un árbol. La mujer llevaba las medias torcidas a la altura de la pantorrilla y de la frente le sangraba un rasguño, debido probablemente a algún espino del matorral. Ya debía de hacer mucho que permanecía allí, y habría permanecido mucho tiempo más, puesto que por ese sitio no pasaban peatones. El caminante solitario no consiguió levantar el cuerpo pesado, y asombrosamente caliente, y sacarlo de la maleza. Pero ya estaban parando varios coches en vista de lo que ocurría y los primeros auxiliares acudían corriendo, sin hacer preguntas. Todos se mantuvieron entonces en la acera cerca de la mujer, a quien se le puso un abrigo debajo del cogote en espera de una ambulancia. A pesar de que nadie se conocía, los presentes entablaron conversación unos con otros, incluso los extranjeros, como si fueran antiguos vecinos que el azar hubiera vuelto a reunir. Entre ellos rei-

naba un anonimato casi divertido. La accidentada, que no había perdido el conocimiento y miraba sin cesar a sus descubridores con unos ojos muy claros y llenos de asombro, no decía nombre alguno. Lo cierto es que no lo sabía, como tampoco su dirección ni por qué se había quedado enganchada en los espinos junto a una carretera como ésta de tráfico rápido. Iba en camisón y zapatillas, y llevaba una bata encima, por lo que se supuso que venía extraviada de algún asilo de ancianos: Hablaba el idioma del país, pero exento de todo dialecto, aunque con un acento que no evocaba una región extranjera sino la niñez de la hablante: como si por primera vez desde entonces salieran de ella esos sonidos de la infancia. Porque no se trataba más que de meras sílabas o sonidos sueltos, incoherentes y enigmáticos pero pronunciados con una voz tanto más clara y dirigidos, igual que sus miradas, exclusivamente a sus descubridores a quienes parecía querer comuni-

car algo urgente. Sólo él lo entendería, lo entendería sin más y a la perfección. Con un par de retazos, incomprensibles para los demás, ella le estaba contando la historia entera de su vida, desde su mocedad hasta ahora, y se la encomendaba estando ya al amparo de la ambulancia y desde su interior como si se tratara de un encargo. Entonces, tras haberse despedido de sus compañeros y hallándose de nuevo solo, ¿no tenía la sensación de haber intuido todo lo de la vieja extraviada? ¿Acaso no había entendido siempre muchas más cosas con la intuición que con el intelecto? Miró el seto vacío y presintió cómo aquel cuerpo pesado, con aquellos dedos agarrotados, volvería a estar allí tendido una y otra vez: «Oh santa intuición, sé siempre tú».

De regreso, campo a través, empezó a nevar. «Nevar» y «empezar», para él no había dos fenómenos más inseparables, y «las primeras nieves» eran

algo así como la primera cleopatra* anunciando la primavera, la primera llamada del cuclillo en mayo, el primer buceo del verano, el primer mordisco a una manzana de otoño. Con los años la expectativa había cobrado más fuerza que el hecho en sí. Y también esta vez era como si hubiera ya sentido de antemano en su frente los copos que ahora sólo, le rozaban ligeramente.

En el campo abierto que él atravesaba en diagonal, logró mantener ese anonimato recién alcanzado, favorecido por la caída de la nieve y la andadura en solitario. Era una vivencia que tiempo atrás tal vez habríamos llamado «deslindar», «desyoizar». Encontrarse por fin fuera con las cosas ya era una especie de entusiasmo; era como si se arquearan las cejas. Eso, haberse librado del nombre era como para entusiasmarse; uno se sentía como aquel legen-

* Mariposa diurna de alas amarillas. (N. de la T.)

dario pintor chino que desaparecía en el cuadro, uno veía, por ejemplo, cómo los brazos del trolebús pasaban a lo lejos como rozando un pino alto igual que dos antenas. Curioso que tanta gente sola con sus refunfuños, carraspeos y resoplidos hiciera pensar en aquellas máquinas chirriantes que había que poner en marcha, y que en cambio con él ocurriera, por regla general, lo contrario: en soledad, con las cosas y sin nombre, se sentía realmente en movimiento. De haberle preguntado alguien cómo se llamaba, la respuesta habría sido «no tengo nombre», y lo habría dicho con tal convencimiento que quien le hacía la pregunta le habría entendido al instante.

La nieve se quedaba prendida en la franja de hierba que dividía el camino, como si fueran troncos de abedules, dispuestos en línea recta hasta el horizonte. En un arbusto espinoso se habían formado cristales en los espinos,

envolviéndolos como si fueran collares. Aunque por allí no andaba nadie, con cada paso creía seguir las huellas de alguien que ya hubiera estado allí antes que él. Ahí, en las lindes de la ciudad, se hallaba el lugar que se correspondía con lo que él había llevado a cabo en su escritorio durante el día. Quería echar a andar pero permaneció parado en el puente de madera que atravesaba el riachuelo. Todo el paraje quedó atravesado en ese momento por el ruido atornador de un avión que despegaba, y en el fondo del agua se veía serpentear la hierba. La nieve, que ya no eran esos copos flotando sino unas bolitas duras, caía ahora hasta el fondo del agua igual que las bellotas en otoño, y con el crepúsculo empezó también a oírse a lo lejos el ruido de los bastones de los aldeanos al deslizarse y romper el hielo, un ruido que al que estaba a la escucha le hizo pensar unos instantes en sus antepasados. Entonces empezó a hacer un panegírico del calzado pesado pero

agradable que le mantenía calientes los tobillos como si se tratara de las primeras botas con las que hubiera andado a gusto en su vida: «Con vuestras antecesoras siempre anduve en peligro de ir corriendo. Pero vosotras sois justo lo que necesito, porque con vosotras puedo pisar la tierra y sentirla, y sobre todo porque sois para mí esas "botas-freno" que tanto necesito. Ya sabéis que la única iluminación que he tenido hasta ahora es la lentitud.»

En la periferia, en el banco cubierto de una parada de autobús, tomó posesión de su puesto. Cuanto más derecho se mantenía en su sitio y más lenta era su respiración, más calor sentía. Al caer la nieve raspaba la cabina que como el banco era de madera gris y corroída; en la pared del fondo había una gruesa capa de anuncios medio arrancados, restos de unas letras blancas desprovistas de sentido. Justo detrás del recodo de la parada se encontraba el desvío que con-

ducía a la autopista; en la bifurcación había un chiringuito con las luces encendidas y dentro había un hombre bigotudo con una gorra de cocinero alta y de lino puro que demostró ser de papel al verla de cerca; el hombre, sin tener clientela alguna, permanecía incesantemente ocupado entre vahos y humos repelones; a sus espaldas, junto a los bidones de chapa y los vasos de cartón se hallaba un reloj de pared antiguo de saetas arqueadas y cifras romanas. Más allá de la tangente había una colina artificial, para hacer prácticas de conducir, que durante el invierno permanecía cerrada al igual que el camping de al lado. Los pocos álamos que había detrás, todos con la silueta de un pájaro, eran los restos de una vieja alameda a la que le sucedía una sabana cubierta de rastros, en la que únicamente se adentraba una vía de hormigón, restos de lo que fue una carretera del ejército que aún conservaba las huellas de los carros blindados.

Todo ese paisaje periférico, unido al ruido de los vehículos que procediendo de todas las direcciones parecía concentrarse en ese punto, se le antojó igual de habitable que aquel lugar fronterizo de sus sueños donde uno podía permanecer, a diferencia de cualquier otro sitio ubicado en el interior. Se sintió impulsado a alojarse en una de las barracas dispersas que había por allí con un patio trasero que daba directamente a la estepa, o por encima del almacén donde acababa de encenderse la pantalla de una lámpara produciendo un reflejo amarillo. Lápices; una mesa; una silla. El frescor y la fuerza surgían de las lindes, como si allí reinara una novedad incesante.

De pronto sintió deseos de leer algo justo en ese sitio. Todo lo que llevaba consigo era la postal de América. Pero a pesar de que la calle estaba iluminada, no consiguió, como tantas ve-

ces, descifrar la letra de aquel amigo de otros tiempos; una letra que cada vez parecía imitar más el zigzaguo —en cada postal un matasellos distinto— de sus aventuras por el continente. Mientras las fotografías siempre mostraban la naturaleza desprovista de gente; un desierto, un cañón, una sierra, en el dorso iban desapareciendo con el tiempo las últimas letras comprensibles del texto. Hasta hacía poco, los puntos paralelos, los medios círculos y las líneas serpentinadas aún los había asociado a lo árabe; pero últimamente los trazos habían perdido ya todo tipo de forma y el espacio que los separaba era tal y tan desprovisto de regla que resultaba imposible intuir un contexto (únicamente la dirección y el «As ever» con su nombre al final seguían escritos con la misma claridad de siempre). En su lugar, lo que los garabatos oscuros transmitían al observador era un esfuerzo rabioso, manifiesto en la forma de apretar la estilográfica, en la doble línea de la plumilla,

en las salpicaduras de tinta, como si en vano se intentara asediar el papel una y otra vez. Pero además de esa letra cuneiforme y mutilada de la que había quedado borrada toda huella de una mano humana se desprendía otra cosa: una amenaza, el presagio de la muerte y del fin que parecía saltar y arremeter contra el destinatario.

Por la parte del recinto que daba a la ciudad, doblaba la última calle estrecha de la urbanización. Con la vista como afilada por el esfuerzo de descifrar, el lector levantó la cabeza. En el espejo del cruce donde desembocaba la calle aún se veía un trozo de cielo: un cuadradito claro en medio de la envolvente oscuridad. Las casas de abajo, todas ellas de tejados puntiagudos, parecían empequeñecidas y al mismo tiempo elevadas, con los tejados doblados hacia arriba como las pagodas. Hasta la calle, en realidad rectísima, se torcía y se combaba, mostrando al final, en el jar-

dín que mediaba entre las casas, una perspectiva palpable; como si condujera más lejos. La imagen del espejo estaba fuera de las estaciones. La nieve en el aire también habría podido ser polen, y la que había en el suelo flores caídas. Dada la convexidad de la imagen, el vacío en ella adquirió brillo, y dentro de ese vacío las cosas como el contenedor de botellas, los cubos de basura, los soportes para aparcar las bicicletas tenían un aire de fiesta; como si, al verlas juntas, uno creyera estar entrando en el claro de un bosque. Incluso las personas parecían haber sufrido una transformación. Delante de un supermercado, un grupo de adultos y niños, que el espejo aproximaba mostrando claramente sus distintos tamaños, hablaba tranquilamente y sin prisas; y en la calle, en lugar de un coche, apareció un pájaro enorme que, describiendo una curva con sus grandes alas, se cruzó con el observador en medio del claro (para seguir volando reducido a un tamaño dimi-

nuto y desaparecer piando en medio de la oscuridad). La plaza cuadrangular de los jardincitos en el extremo de la urbanización, ahora oval por la convexidad del espejo, se hallaba en ese momento vacía; pero en ese vacío seguía balanceándose un columpio y uno podía contemplar cómo esa inercia terminaba en una mera vibración de las cuerdas expuestas al viento y la nieve. «Vacío, tú eres mi verdad, mi bien amado eres.»

6

A pesar de que no había sucedido nada extraordinario, él se sentía como si ese día ya hubiera vivido lo suficiente y tuviera asegurado el mañana. Hoy no le era menester ningún accesorio: ni una mirada ni una conversación

y menos aún una novedad. Sólo descansar, cerrar los ojos y no escuchar; no hacer otra cosa que respirar. Deseaba que hubiera llegado ya la hora de dormir y no seguir fuera donde había luz sino estar a oscuras, en casa, en su cuarto. Pero le sobraba soledad; y con el tiempo creía haber experimentado todas las artes posibles de la locura hasta sentir que le estallaría la cabeza. ¿No era cierto que años atrás, cuando solía pasear solo todas las tardes por atajos y veredas sin que nadie se apercibiera de él, llegó a creer, no sin cierta angustia, que se había convertido en aire y que había dejado de existir? Por ello —y para no tener que experimentar otras vivencias y estar seguro, por otra parte, de que no estaba loco sino al contrario de que era una de las pocas personas medianamente cuerdas, como había comprobado una y otra vez estando en compañía de otros—, se dirigió a uno de esos restaurantes de la periferia que él en su fuero interno llamaba «la guarida». Es-

taba situado en la esquina de una calle y, durante los meses que estuvo trabajando, se fue convirtiendo en su meta. Allí tenía incluso un sitio destinado para él en un hueco de la pared, cerca del tocadiscos automático y con vistas al cruce y al paisaje de coches usados en segundo término. Pero esta vez, tras abrirse camino por entre los apretujones y el barullo, su hueco demostró estar tapiado. Por un momento creyó haberse equivocado de establecimiento y encontrarse en un lugar extraño, hasta que empezó a reconocer una tras otra todas esas caras que sólo podían estar en este espacio determinado lleno de luz artificial y de humo. (De haberse tropezado con alguna de ellas en el centro durante el día, no habría sabido qué hacer.) Al sentarse a la mesa con otros y mirar a su alrededor, le llamaron la atención las peculiaridades de cada una de esas gentes. Ya se había oído las vidas de no pocos, pero al día siguiente lo había olvidado casi todo. En cambio, lo

que retenía eran giros, exclamaciones, gestos y tonos. El primero de ellos había hecho la siguiente observación: «Cuando tengo razón, me excito y cuando no la tengo, miento»; el segundo iba a misa domingo tras domingo porque cada vez sentía un escalofrío; la tercera se refería a sus amantes de turno con el apelativo «mi prometido»; el cuarto, dando un grito que salpicó de saliva a sus oyentes, exclamó: «¡Estoy perdido!»; del quinto, que solía repetir una y otra vez que lo había conseguido todo en la vida, se le había quedado grabada la forma de tocarse la muñeca, porque lo hacía con una delicadeza que sólo posee la persona que teme a la desesperación. Esas gentes eran tan neutras como el mismo restaurante: en una de las dos salas había unos cuernos de ciervo junto a la fotografía en color de un junco; en la otra el techo estucado de una mansión y abajo el suelo ligeramente elevado de una pista de baile rural. Incluso la mesa

de los asiduos en uno de los rincones —tosca como en todas partes— estaba ocupada por los de siempre, a pesar de no tener entre sí nada en común: el representante con traje de seda estaba sentado al lado del anterior dueño con zapatillas de fieltro, que ahora ocupaba una de las habitaciones del primer piso; a su lado uno que había vuelto de la legión y que ahora llevaba uniforme de «guarda», y enfrente de él un camarero de barco en paro acompañado de su novia, una enfermera (con un casco de motorista debajo del asiento). Cualquiera de los presentes en ambas salas habría entonado en esta mesa. Seguramente todo lo que tenían en común era que habían pensado ya muchas veces en escribir un libro sobre su vida, «empezando por el nacimiento» y de mil páginas por lo menos. Sin embargo, en cuanto se intentaba indagar, no se obtenía por lo general más que un pequeño acontecimiento, o una simple mirada, a través de una ventana, a una

cabaña ardiendo en la noche, o los ríos de barro en el camino tras una tormenta, pero eso sí, lo contaban con tal vehemencia que parecía como si algo tan secundario tuviera el peso de toda una gran vida. Esa noche en la guarida tuvo un buen comienzo. Todos hacían como si no se fijaran en él, y al mismo tiempo por allí donde pasaba o se paraba le ofrecían ostensiblemente un sitio. Con el tiempo habían descubierto que él no iba allí a observarlos, a «buscar material», sino porque la suya era probablemente una existencia al margen, igual que la de ellos. Al apretar los botones del tocadiscos automático, y tras un día en busca de palabras, experimentó el alivio que le deparaban unos simples números. Antes de que empezara la canción —en esos momentos ansiaba oír cantar a una mujer— el aparato le contagió su susurro y a continuación su vibración. A pesar de que la música apenas se oía por el ruido que reinaba, él reconocía a veces aquel in-

tervalo, con el que se daba ya por satisfecho. En la mesa de los jugadores había uno que no cesaba de mirar al cielo invisible, mientras los otros le miraban por el rabillo del ojo con el periódico en las manos. En la mesa junto a la puerta había otros esperando el último autobús que tras la jornada de trabajo los devolviera a sus casas. Encima de una mesa vacía había un cartelito que ponía «reservada», la mesa ya estaba incluso puesta y a la espera de un grupo que a todas luces quería celebrar algo, pues la hija del dueño, que había estado de aprendiz una temporada, sacó como por arte de magia unas grandes servilletas blancas y las colocó allí encima haciendo que se abrieran como abanicos. El gato que dormitaba entre los tiestos de la repisa de la ventana se parecía tanto al suyo que hasta creyó que éste se le había adelantado. Por el hueco de las cortinas se veía la sucesión constante de los autobuses nocturnos repletos de gente sentada y de pie, y al otro lado del

cristal empañado de las ventanas cada uno de aquellos rostros daba muestra en ese instante de su heterogeneidad. Al verlos, el observador se acordó del árbol que había delante de la ventana de su cuarto porque un día de verano, después de haber mantenido mucho tiempo la cabeza agachada, levantó la vista del papel y al mirar el árbol, vio cada una de las hojas y de sus formas, y al mismo tiempo las vio en conjunto. En aquel verano de trabajo apacible dio comienzo en su imaginación una lenta danza de imágenes: de la escalera de piedra con las palmas de los helechos, todos ellos abiertos menos uno cerrado en espiral igual que el báculo de un obispo, pasó a la parte más alta donde las nubes dejaban su sombra y en la que se hallaba el árbol cuajado de abejas cuyos zumbidos semejaban un coro humano entonando una sola nota; de allí pasó a mirar una carretera justo en el momento en que un ciclista frenaba bruscamente porque un insecto le hacía

llorar el ojo, y de allí siguió por el cruce de tres caminos hasta el río negro y vació ante la tormenta, y aquel viejo con un sombrero de paja que había en la orilla sentado al abrigo de un quiosco con el nieto descalzo a su lado, y una ráfaga de viento que les lanzó una banderita del puesto de helados a los pies, hasta que por último y ya de noche una luciérnaga volando desde el jardín se mete en la casa abierta y oscura, alumbrando los rincones, y hallando en uno de ellos a un saltamontes, ¿Ese dejar correr la fantasía en secuencias de imágenes le apartaba del presente o, al contrario, servía para desenmarañarlo y aclararlo, uniendo lo singular y dándole nombre a todo, como a ese grifo de cerveza detrás de la barra que goteaba junto al grifo del agua permanentemente abierto, o a estos desconocidos de dentro y las siluetas de fuera? En efecto, al dejar correr la fantasía, las cosas y las personas presentes aparecían, sin necesidad de contarlas, como unidas en su

pluralidad igual que las hojas de aquel árbol en verano. Y el hecho de encontrarse ante semejante presente evidenció lo que a éste le faltaba: que hiciera entrada la belleza en forma de mujer, y no para dirigirse particularmente a él (porque desde que había vivido al borde de perder el habla, casi se sentía como si también hubiera perdido el cuerpo), sino para acompañar a todos los que allí estaban. Una vez presenció súbitamente una aparición semejante, pero de carne y hueso, que estaba parada en el quicio de la puerta —¿vendría en busca de un teléfono?, ¿a comprar cigarrillos?, ¿a que le indicaran el camino de vuelta a la ciudad?—, y al verla, toda la turbia ralea de la guarida sufrió una transfiguración como si acabara de despertar. Sin necesidad de bajar la voz o de mirarla de inmediato, todos procuraron mostrar su faceta más distinguida durante el espacio en que hizo aparición aquella belleza, aunque sólo lo hicieran ante la persona que tenían delante; e incluso

después de su desaparición —tampoco entonces dijo nadie una palabra sobre ella—, siguió reinando un recato que unía a los abandonados y hacía que sus ojos se encendieran una y otra vez con inusitada unanimidad. De esto hacía ya mucho, pero él —¿sólo él?— seguía alzando de vez en cuando la cabeza y mirando hacia la puerta con la esperanza de que la desconocida apareciera por allí una segunda vez. Sin embargo nunca volvió, tampoco hoy, y con su ausencia el dolor se intensificó hasta la indignación. La puerta permanecía cerrada, y en su lugar se le acercaba un borracho desde la barra, echando bocanadas de humo. Al llegar a la mesa, miró fijamente el cuaderno de notas como si fuera tuerto y a continuación a quien lo tenía delante, entonces se apretujó a su lado y empezó a hablar, acercando tanto la cara que ésta perdió todas sus formas; únicamente pudo percibir con claridad el intenso respingo de sus párpados y la mosca tatuada bajo el mentón; en la

frente un rasguño que debía de haber sangrado justo hasta ese momento. Un olor penetrante, y no sólo a sudor, se desprendía de él como si llevara almacenada toda la peste del mundo, desde la carroña hasta el azufre. En cambio, no le llegaba nada de lo que decía, ni siquiera acercando la oreja a su boca. Y no hablaba ninguna lengua extranjera. Por la forma de mover los labios y la lengua, quedaba claro que se trataba del idioma local. Lo único que oyó fue cómo se interrumpía para coger aire y entonces de su boca salía un tono prolongado como el de un instrumento afinándose a sí mismo. A sus ruegos de hablar más alto respondía cada vez con una tentativa que le hacía subir los hombros y estirar el cuello, pero a la postre seguía con la misma perorata aunque igual de inaudible que antes. A pesar de no mirarle ni de hacer ningún gesto, mientras le escuchaba, todo lo que intentaba decir iba dirigido únicamente a él. El hombre quería decir-

le algo importante precisamente a él. Y, por momentos, el interlocutor tuvo realmente la sensación de entender lo que el otro le estaba contando, por eso movía la cabeza afirmativamente y al parecer en el momento oportuno (porque el otro se reía como sintiéndose afirmado). Pero de pronto —y en este caso ese vocablo empleado tan a la ligera sí respondía a los hechos— perdió el hilo secreto que les unía, al tiempo que, de forma igualmente súbita e inexplicable, perdía el eslabón que le permitiría reanudar su trabajo de escritor a la mañana siguiente y que él a lo largo de la tarde creía haberse asegurado, puesto que sin ello no había reanudación posible. Cada una de las frases hasta llegar a la frase final, las tenía ya en mente, sólo se trataba de darles el orden adecuado, pero de pronto todas y cada una de las palabras habían perdido su validez, y al dar marcha atrás quedó anulado en un instante todo lo que había escrito desde el verano hasta esas

postreras horas de hacía un momento y con ello la fuerza que le habían infundido. Primero lo atribuyó al humo de la guarida porque dificultaba el flujo de la respiración lo mismo que el de la imaginación, y se fue al lavabo para recogerse en el frescor de los azulejos y del agua corriente. Pero incluso allí siguió mudo su interior, como si esa obra llevada hasta ese momento como un amplio caparazón nunca hubiera existido; el del espejo era su enemigo. Volvió a la mesa contra su voluntad y como prisionero de lo inaudible, mientras el otro, que esperaba altivo y con el pecho henchido, prosiguió sin más dilación su oscuro discurso retomando la frase que había quedado interrumpida. Su aparente interlocutor acostumbraba a tener de noche una pesadilla recurrente. La tenía exclusivamente en las épocas que escribía, y carecía de acción, se trataba de la sentencia de un juez, que se repetía la noche entera: lo escrito durante el día no sólo carecía de interés y validez,

sino que además era ilícito; escribir merecía castigo; la arrogancia de una obra de arte, de un libro, constituía el más grave de los sacrilegios, y suponía, más que cualquier otro pecado, su condena. Y ahora esa sensación de culpa imperdonable y de haber sido destruido del mundo para siempre la experimentaba en estado de vigilia y en una mesa llena de gente. Con todo, ahora —y a diferencia de cuando soñaba— podía hacerse preguntas ordenadas sobre su problema —el problema de escribir, de describir, de narrar. ¿Qué es lo que era asunto suyo, es decir, asunto de un escritor? ¿Acaso había algo en este siglo que pudiera llamarse así? ¿Qué hombre podría ponerse por caso, cuyos actos o sufrimientos clamaran no por ser meros informes archivados o por convertirse en materia de libros de historia sino por ir más allá y ser legados a la posteridad en forma de epopeya o aunque sólo fuera de pequeña canción? ¿Y a qué Dios podía uno entonarle un

canto de alabanza? (¿Y a quién le quedaban fuerzas para esgrimir lamentos por la ausencia de Dios?) ¿Y dónde estaba el gobernante que tras un largo gobierno no quisiera ser celebrado con algo más que un par de cañonazos? ¿Y dónde su sucesor, que tomara posesión de su cargo acompañado de algo más que unos flashes? ¿Y dónde estaban los vencedores olímpicos que merecieran algo más que un par de bravos, un gallardete y un toque de honor? ¿Y a qué genocidas de este siglo se ha podido mandar para siempre al infierno de un solo revés, en lugar de dejarles salir de sus tumbas con cualquier pretexto? Y en vista de un fin del mundo no ya imaginario sino posible el día menos pensado, ¿cómo dejar entonces que imperen las cosas buenas de este planeta en forma de estrofa o de párrafo que hable de un árbol, un paisaje, una estación del año? ¿Dónde seguía dándose aquel enfoque de la eternidad? Y estando así las cosas, ¿quién podía remitirse al hecho

de ser artista y llevar dentro un universo interior? A ese tropel de preguntas hizo frente con la siguiente respuesta: Ya en el hecho de aislarme y hacer mi vida aparte para poder escribir —¿cuántos años hacía ya de ello?—, reconocí mi derrota como persona adscrita a una sociedad; yo mismo me excluí de los demás para el resto de mis días. Y aunque siga aquí sentado hasta el final entre la gente, y me saluden, me abracen y me hagan partícipe de sus secretos, yo nunca seré uno de ellos.

Sintiéndose curiosamente acorde con el resultado de su soliloquio, recobró el aplomo y sus ojos se cruzaron con los de su vecino que no cesaba de mover los labios. Ya no pestañeaba; pero esa forma de mantener quietos los ojos era todo lo contrario de «tenerlos clavados». Esos ojos habían descubierto la ausencia de su supuesto correligionario, es decir, habían descubierto su traición. Tras una mirada muy breve de despre-

cio, desvió la vista muy lentamente. Y al hacerlo, pudieron oírse finalmente las palabras del inaudible: «Eres débil», dijo, «y mientes», añadió. A continuación se dirigió a los presentes y dijo en tono de queja: «Ninguno de vosotros sabe quién soy». Y por último tomó el cuaderno de notas que no era suyo y en un santiamén emborronó las hojas blancas que quedaban con una maraña de puntos y espirales, tras lo cual se levantó y se puso a bailar allí mismo haciendo unas piruetas que parecían obedecer a sus garabatos como si se tratara de una partitura.

El bailarín, que hasta sabía hacer eses y doblar la rodilla con gracia, desapareció entre el gentío en un instante. En su lugar, el abandonado miró a aquel huésped del grupo de la mesa de al lado a quien llamaba «el legislador», a pesar de no haber conversado jamás con él. Este era más joven que él, vestía siempre la misma chaqueta de

piel, era ancho de hombros, tenía las orejas gachas, las cejas altas y arqueadas y los ojos tan metidos que se veían pequeños. Su actitud atenta y nunca relajada hacía de él casi un guerrero. Y, sin embargo, en su mesa era él quien se abstenía de cualquier tipo de violencia. Incluso mitigaba la que se suscitaba, pero no lo hacía metiendo baza, sino manteniendo un silencio categórico. Sus contertulios se daban constantes y fuertes empujones con las piernas, y únicamente él permanecía quieto. La tristeza ecuánime de su mirada, al ver cómo dos de ellos se abofeteaban, impidió que éstos se liaran a puñetazos o sacaran las navajas. En silencio iba observando cada detalle y sin hablar le dio a cada uno su respuesta. Cuando abría la boca para pronunciar una frase breve, era como si el tono de su voz estuviera impregnado con un continuo toque de atención: nunca vacilaba y era lacónico al enseñarle a la persona en cuestión cuál era su sitio. Ese ser casi mudo era la instan-

cia que se imponía en la sala; y la fuerza que emanaba de él era la fuerza de la sentencia. Sin embargo, ese tipo de ecuanimidad suya no respondía a una situación o a una disposición dada, sino que era un acto, un *ser* ecuaníme en cada caso, a un ritmo mudo y sensible que hacía justicia y la remataba despachando a ambas partes en silencio. Ese ser callado y a la escucha, con unas pupilas como flashes que sacaban una foto de cada uno, y unos hombros anchos que se movían inmutables, cual si estuvieran midiendo lo ocurrido en la sala como si de versos se tratara, ¿no sería él acaso el narrador ideal?

¿Había estado mirando al legislador horas enteras o apenas un momento? En cualquier caso, se sentía como si hubiera permanecido en la guarida mucho más de su tiempo; y no fue la primera vez que creyó no encontrar ya jamás el camino de vuelta. Retenido hasta tal punto en ese sitio y sin poder

moverse, el mero propósito de levantarse, llegar hasta la puerta y salir afuera le resultaba inconcebible. Primero tenía que imaginarse cada uno de los recorridos que componían su camino de regreso como si fuera la ruta de una expedición donde estuvieran previstos todos los caminos de las caravanas, los senderos por la jungla, los vados y los desfiladeros a la par que los puntos de apoyo. Al abandonar súbitamente el local, le rozó un taco de billar, un perro le enseñó los dientes y finalmente se le quedó enganchado el cinturón del abrigo en el paño de la puerta.

7

Una vez fuera se abrochó y se ató todo una vez más, desde el abrigo hasta los zapatos. Y ahora —como se

imaginó no hacía mucho— de haber lanzado su cuaderno de notas igual que si fuera un disco, habría ido a parar a sus pies. Ya no nevaba. El cielo estaba detrás de las nubes. En la calle la nieve era alta y espesa; las gotas derretidas que caían de las farolas dejaban de trecho en trecho unas marcas semejantes a las de la viruela, a las que parecía retornar la «ciudad en ruinas» invocada por el loco. Igual que cuando siendo niño se agachaba a ver las huellas de la lluvia en el polvo de un camino de carro, lo hizo ahora ante ese enjambre de cráteres, y cuando metió la mano, sintió en la piel la quemazón salubre de la nieve lo mismo que antaño lo hiciera con las ortigas.

A pesar de que se sentía impulsado con todo aquello que se movía con él a tomar la dirección contraria, o cuando menos a andar más deprisa o más despacio, se dirigió a la ciudad sin dar más rodeos y con la cabeza baja. Era

la hora de las nimiedades y en ella le ocupaban sus descuidos cotidianos en lugar del trabajo. No había escrito, como otras veces, la carta prometida ni leído aquel manuscrito ajeno; no había ordenado los recibos para la declaración de la renta, ni pagado aquella factura; no había llevado el traje a la tintorería ni podado aún el árbol del jardín... Y de ese modo se acordó que tenía una cita en el centro a la que ya no podría llegar a tiempo yendo a pie; incluso tomando el taxi que paró al momento, llegaría tarde...

La persona que le esperaba era un traductor venido del extranjero, que desde hacía unos días se recorría aquellos caminos siguiendo las huellas de un libro que se desarrollaba allí, y también porque quería hacerle una serie de preguntas al autor sobre un par de puntos y una serie de palabras. El lugar del encuentro —un bar— era el último reducto de un antiguo complejo de cines

en cuya fachada aún se veían las letras rascadas del letrero que decía «cinematógrafo». Sentado él solo en el rincón más escondido de la sala —al principio casi no lo distinguió de las fotos tamaño natural de las estrellas de cine que llenaban las paredes—, ese hombre que era mayor desde hacía siglos, y a quien la espera le había resultado a todas luces estimulante, miró al demorado con tal picardía que parecía como si ya estuviera enterado de cada una de las fases que se habían sucedido en esa tarde. Como siempre, le saludó con una metáfora: «¡A que sí! ¡La de frutos que hay en las lindes del bosque, en cambio la gente los busca en el centro que es donde no hay nada!»

Las preguntas del traductor se resolvieron en seguida (puesto que después de todo el responsable sabía decir lo que había hecho de cada palabra en cada caso), y acto seguido el viejo empezó a pronunciar un discurso al oscuro

vestíbulo del antiguo cine. Era un discurso tan consecuente y sosegado que parecía como si lo hubiera estado preparando durante la espera, pero a pesar de ser extranjero, no sólo en esta ciudad sino también en Europa, su voz sonaba en aquel bar como si fuera la del dueño: la elegante mujer de pelo blanco que regentaba el establecimiento y estaba escuchando la radio detrás de una barra de latón muy amplia y ovalada, pareció ser, durante unos instantes, su mujer. Algunas de sus frases iban precedidas de un largo susurro como si estuvieran anunciando a un heraldo.

«Ya sabes que yo también fui escritor muchos años. Hoy me ves tan contento porque ya no lo soy. Ahora te contaré por qué estoy tan relajado. ¡Escúchame, amigo mío! Al principio de escribir, yo veía en el mundo que llevaba dentro una serie fiable de imágenes que me bastaba contemplar y exponer después una tras otra. Pero con el

tiempo se fue perdiendo la claridad de los perfiles y aparte de mirarme por dentro, empecé a aguzar el oído. En aquellos tiempos la idea que me había forjado —y que según comprobé, se vio realizada una y otra vez— era que, en lo más hondo de mí, me había sido confiado algo así como un texto original —mucho más fiable que cualquier figuración por no sufrir ningún desgaste a efectos del tiempo, en el cual ser y acontecer eran fenómenos constantes y simultáneos—, y que yo suspendía todo lo demás y me sumergía en él para transportarlo al papel sin más dilación. Durante ese período para mí escribir consistía meramente en un puro escuchar y anotar como una traducción, que en lugar de serlo de un texto visible lo fuera de una voz primigenia y secreta. Pero con ese sueño me ocurrió lo mismo que me ocurre con todos los míos: al no anotarlo espontáneamente una que otra vez como un fragmento, sino sistemáticamente, día tras día, con

la pretensión de escribir una especie de gran libro de sueños, fue declinando y perdiendo importancia; aquella fragmentariedad que en ocasiones lo decía todo, al plantearla como un todo acababa por no decir nada. Ese intento de descifrar un supuesto texto original dentro de mí y de conferirle por fuerza un contexto, se me antojó una especie de pecado original. Así empezó. Y cada vez me angustiaba más ese tomar asiento y estar a la espera. De todos los de mi profesión que yo conocía, yo era, según creo, el único que sentía miedo a escribir, y lo sentía día tras día. Y noche tras noche la misma pesadilla: se avecinaba una presentación de todos nosotros ante un gran público, y todos tenían su texto preparado menos yo. Cuando llegó el final, en medio de una frase nada sentida, carente de visión y de ritmo, me sentí alcanzado por ésta como por un veto a seguir escribiendo, un veto para siempre. ¡No escribas nada tuyo! Recuerdo cómo aquel día salí al más cá-

lido de los soles y permanecí horas enteras bajo los manzanos en flor, helado como un cadáver, y cómo a continuación me reí, al acordarme de la sentencia de un gran hombre; No hay más que soplar en la palma de la mano, y ya está. Y tras un período de mutismo, me convertí en la persona que tú conoces: ¡Sobre todo nada tuyo! ¡No traspases el umbral! ¡Quédate en la antesala! Por fin puedo participar en el juego con los demás, en lugar de tener que hacerlo solo como antes, y únicamente siendo un jugador más puedo ganar la partida. Únicamente traduciendo un texto seguro, disfruto de mi serenidad y me siento inteligente. Porque, al contrario de lo que me sucedía antes, ahora sé que cualquier problema tiene solución. Y aunque es cierto que suele martirizarme, no sufro ya más suplicios ni espero a que me llegue ese suplicio de recomenzar y volver a sentir que tengo derecho a escribir. El traductor tiene la certeza de que le necesitan. Y así es como he per-

dido el miedo. Cuánto tiempo hará ya de aquella época en que al sacar punta a los lápices, antes de empezar a trabajar, se me rompían las minas de lo tembloroso que estaba. Y por las mañanas, al despertar, en lugar de asustarme el exilio como antes, ansío estar en casa traduciendo. Siendo traductor como lo soy y basta, sin más reservas, soy en todo punto el que soy; y así como en su tiempo me sentía con frecuencia un traidor, ahora he de ser fiel. Traducir me confiere un profundo sosiego. Pero, fíjate, las maravillas que experimento siguen siendo las mismas, sólo que ahora ya no lo hago en el papel de ser el único. Lo que basta sigue siendo el acierto, y mis andares cansinos se han convertido, a pesar de mi edad, en una carrera. También aquella urgencia es la misma, sólo que ahora no me obliga a cavilar sino que me permite solazarme y ser superficial. Ya ves, cuanto más te muestro tu herida, más oculto la mía. Morir sentado al escri-

torio es algo que deseo desde que soy traductor.»

El viejo quiso recorrer él solo la ciudad vacía de la que había tenido que huir allende los mares diez lustros antes, y no se dejó acompañar al hotel. Sin embargo su autor, tras haberse despedido, le siguió a escondidas (como solía hacer con conocidos y extraños). Le siguió de cerca, pero sin ser visto, por plazas y puentes, y luego por la otra orilla del río. A pesar de que el hombre le precedía iba meneando la cabeza y dando saltitos de liebre como si llevara prisa, su observador, con ir ya rezagado, se veía obligado a pararse bruscamente una y otra vez, y no era sólo que el viejo anduviera haciendo zigzag como si estuviera borracho, sino que además a cada dos pasos se paraba para cambiarse de mano la bolsa donde llevaba el manuscrito de su traducción o incluso para dejarla en el suelo. De hecho, no era una cartera sino un cesto de

mimbre con un asa y una tapadera de piel negra que con cada farola adquiría el brillo del betún. ¿Qué podía llevar que pesara tanto? Entonces el observador creyó ver en esa cesta el receptáculo en el que Moisés fuera entregado al Nilo con la esperanza de ponerlo a salvo de los esbirros. Hasta el portal del hotel no tuvo ojos más que para el cesto en que llevaba escondido al recién nacido y que las aguas iban meciendo a su paso hasta llegar a manos de la hija del faraón.

8

Llegado al jardín de su casa, no sabía cómo había logrado encontrar el camino de vuelta. No recordaba ningún detalle del camino que había seguido por serpentinas y escaleras de piedra hasta lo alto de la montaña. ¿Aquel

hombre tocando el saxofón en la oscuridad de los arbustos del río, acompañando el murmullo del agua, no era acaso inventado? ¿Y no era también una invención que él estuviera ahora en su jardín? ¿Acaso no seguía en realidad sentado en la guarida o muerto a navajazos, a tiros, o atropellado? Se agachó e intentó hacer una bola de nieve, pero los copos se deshacían. Ahora se sentía como si todas esas horas transcurridas lejos de su escritorio hubiera estado envuelto en un lance que ahora por fortuna no resultaba ser una lucha cuerpo a cuerpo o a brazo partido. A continuación midió a pasos el jardín y rodeó cada arbusto y cada árbol hasta que la lentitud de sus movimientos se convirtió en circunspección. En la casa seguía brillando la luz que él había dejado encendida para su regreso. Entonces se sentó junto a la puerta en un banco de madera muy largo, que tenía algo de esas banquetas que hay en las granjas donde se lía el cigarro después del trabajo.

Sentía tanto calor que se desabrochó el abrigo. Estiró las piernas y en los talones notó el suelo abombado del jardín sumido en su letargo invernal. Un rayo iluminaba la nieve que olía a hojarasca y a subsuelo de roca. La última campanilla la habían quemado los copos atrapados en el cáliz y convenidos en grupos de hielo; el azul brillante de los arándanos había quedado reducido en pocas horas a un marrón negruzco. La casa del terreno vecino, a medio construir y casi cubierta de maleza porque al constructor se le había acabado el dinero, parecía un templo en ruinas erigido en otro lugar de la tierra. Durante unos segundos vio cómo el albañil abría el metro, se oyó resonar su voz con acento extranjero, y la rueda del torno medio oxidada y tanto tiempo parada, empezó a girar de nuevo. Se acordaba del día en que, durante el descanso de la comida, aquel joven, aprendiz se quedó tumbado en la azotea con los brazos cruzados detrás de la nuca,

mientras él en su cuarto aporreaba la máquina y a su vez le hacía escuchar al otro aquel ruido universal que salía por la ventana abierta de par en par. ¿De-seaba tener un vecino? Notó que con la pregunta empezaba a conciliar el sueño: voces que se alejaban y en su lugar se instalaba una sola voz, aquella que sin oírse llenaba el espacio de su mente y le contaba los sueños. Y fue entonces cuando oyó hablar de un libro, escrito por su predecesor, donde se hallaba textualmente escrito todo lo que él había escrito ese día. El sueño le asustó al primer momento, pero luego tuvo un efecto calmante. Haciendo un esfuerzo entró en la casa.

Como siempre, tuvo involuntariamente la esperanza de encontrar detrás de la puerta algún mensaje o nota introducida a través de la rendija, pero como otras veces no había nada. Como siempre, se enredó al desabrocharse los zapatos y le costó deshacer los nudos.

Y como siempre, inmóvil, el gato sin nombre mantuvo los ojos clavados en la puerta como esperando a alguien, cuando él se encontraba ya en el pasillo. Como no sabía hablar con el gato, le dio de comer y para suplir la carencia de sus palabras le cortó la carne a trocitos.

Apagó todas las luces. La nieve y las luces de la ciudad reflejadas en las nubes clareaban las habitaciones. Era una claridad nocturna en la que los objetos se volvían más oscuros. En la cocina escuchó las últimas noticias con la vista puesta en la luz del cuadrante de la radio. A pesar de ser las doce de la noche, el locutor parecía tan despierto como si estuviera hablando en pleno día. Sin embargo, en medio de las noticias y sin que la lectura de éstas pudiera ser motivo, fue víctima de una fuerte excitación que debía de llevar dentro mucho tiempo y ahora le desbordaba; con un hilo de voz y a punto de llorar,

se interrumpió y permaneció un rato mudo como quien intenta asirse antes de caer al vacío con un grito, pero logró salvarse con el boletín meteorológico y pronunciar a duras penas un «buenas noches», tras lo cual debieron llevárselo en ese mismo momento del micrófono. ¿Acababan de despedirle? ¿Le había abandonado su amante? ¿Le habían comunicado la muerte de alguien un instante antes de sonar el gong?

En una de las habitaciones desde la que podía ver la habitación contigua, se sentó en una silla como de director de cine de modo que los objetos quedaron a la altura de los ojos. La chaqueta clara, colgada en el respaldo de una silla desde el verano anterior, le hizo sentir de nuevo las pestañas húmedas del nadador expuestas al viento. ¿Por qué sabía ser tan partícipe de todo cuando estaba solo? ¿Por qué a quienes estaban con él sólo lograba acogerles en su interior cuando ya se habían mar-

chado, y cuanto más lejos estaban, más adentro le llegaban? ¿Por qué tenía una imagen tan clara de las personas ausentes y las veía en su imaginación convertidas en su pareja? ¿Por qué vivía única y exclusivamente con quienes habían muerto? ¿Por qué se le convertían en héroes únicamente los muertos? Se puso una mano en la frente y otra en el corazón, y permaneció sentado como si se hallara en un tren nocturno, el tren que, en ese momento, estaba oyendo cruzar el río por el puente de acero; y de la nieve venía un ruido como de patines deslizándose. Cuando entonces sonó el teléfono en el pasillo, no descolgó. No esperaba a nadie y ya no quería despegar los labios.

No por cansancio sino para evitar seguir pensando, sacó fuerzas de flaqueza y se dirigió a su dormitorio. Mientras se lavaba a oscuras —asqueado de sólo pensar en verse la cara—, tuvo la sensación de que al-

guien estaba haciendo lo mismo en la habitación de al lado. Aguzó el oído y oyó cómo si en el rincón más apartado de la casa alguien volviera a pasar la página de un libro, corriera de sitio una silla y abriera un armario haciendo entrechocar las perchas. Curioso que en la memoria todos esos ruidos, hasta el chirriar de las puertas o el gruñido de tripas, se articularan igual que unos acordes. De todos modos, quien anduviera tan torpemente por la casa era demasiado ligero de pies para ser una persona.

Tomó el vaso, con toda la precaución que pudo, y abrió el grifo del agua con cuidado para evitar el silbido acostumbrado. Llevando con las dos manos el vaso lleno hasta el borde, se dispuso a subir las escaleras, y para hacerlo más despacio, se puso a contar los peldaños. En lugar de cavilar, no quería hacer otra cosa que seguir así contando sosegadamente. Y se sentía tan ligero

que el consabido peldaño ni siquiera crujió. ¿Por qué nunca se inventó un dios de la lentitud? Entusiasmado con esta idea saltó un escalón y la casa entera crujió bajo sus pies.

Evitó entrar en su despacho, sólo al pasar miró el escritorio para ver si seguía allí la pila blanca de papel que desde el verano iba creciendo con una hoja diaria. Tendido sobre la alfombra, el animal sin nombre que se le había adelantado velaba la estancia como un guarda y con una joroba como la loma de la colina donde vivía. Una vez en la cama, abrió la ventana. Este lado de la casa, opuesto al jardín, terminaba en una roca muy escarpada. Entonces se vio abismándose y vio cómo la masa de espirales de todos los lápices de los que había sacado punta se había acumulado con el tiempo y los años y mitigaba la caída. Más de una vez había sentido, medio dormido, el vértigo del abismo y se había agarrado a las patas de la cama.

Las copas de los árboles parecían más redondas con la nieve, y el cielo recién despejado estaba lleno de estrellas. Allí estaba Orión, el cazador con su cinturón ceñido, y a sus pies el vago perfil de la liebre; y un par de palmos más lejos el cúmulo estelar de las Pléyades. Él estaba en esos, momentos solo con ese cielo, respirando profundamente. En un rincón del cuarto se hallaban los bastones de sus diversas excursiones; la corteza del avellano, a la altura de sus ojos, tenía el brillo del bronce. ¿Qué soy yo? ¿Por qué no soy un cantante ni un *Blind Lemon Jefferson*? ¿Quién hay que me diga que no es que yo no sea nada?

He empezado a escribir bajo el signo del relato. Hay que seguir. Dejar que las cosas existan. Hacerlas plausibles. Exponerlas. Legarlas. Seguir elaborando la más fugaz de las materias, tu aliento; ser su artesano.

Por fin no estar ya más que acostado. El sosiego sí existía. El escritor pensó en el día siguiente y se propuso salir por la mañana al jardín y andar por él de un lado a otro hasta dejar marcadas tantas huellas en la nieve como si fuera una caravana de gente e incluso presenciar el vuelo de un pájaro. Y hasta hizo otro de sus juramentos: Si no fracasaba en su trabajo —es decir, si no volvía a perder el habla—, donaría una campana a la capilla del asilo de ancianos situada al pie de la colina para el toque de las doce, pero una campana que en lugar de repiquetear tuviera un solo sonido... Y entonces se puso a pensar en la tarde transcurrida y trató de acordarse de algo. Sólo le vinieron a la mente el balanceo de las dos astas visibles a través de la rendija que dejaban las cortinas de la guarida, y el perro dando vueltas en la puerta, enseñando la dentadura como un boxeador su goma protectora.

Se maravilló de sí mismo; muy próximo a un paroxismo tanto tiempo olvidado.

«... todo está ahí, y yo no soy nada».

Goethe, *Torcuato Tasso*